



# ca ra cas

455

MEMORIAS DE UNA CIUDAD PERDIDA



CON EL APOYO DE

reescibir  
SERVICIOS EDITORIALES

  
Banesco  
Contigo



## **CARACAS 455: MEMORIAS DE UNA CIUDAD PERDIDA**

Primera edición: febrero 2023

© Mirelis Morales Tovar

© Mariana Cadenas

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

**reescribir**  
SERVICIOS EDITORIALES

 [Re.Escribir](#)

#### **COORDINACIÓN EDITORIAL**

Mirelis Morales Tovar

#### **DIRECCIÓN DE ARTE**

Mariana Cadenas

#### **EDICIÓN**

Mirelis Morales Tovar

Erick Lezama

#### **ASISTENCIA EDITORIAL**

María Paola Sánchez

Julia Hernández

#### **CORRECCIÓN**

Andrea Herrera

Cándido Pérez

#### **CONCEPTO GRÁFICO Y DISEÑO**

Patricia Álvarez

#### **ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA**

Yonel Hernández

#### **IMPRESIÓN**

Gráficas Acea.

Caracas, Venezuela.

#### **PROGRAMACIÓN**

Claudia Hernández

#### **CONSULTOR URBANO**

Ing. Manuel Cadenas

#### **ADMINISTRACIÓN**

Iván Jordan

Edgar Morales

Eggi Tovar

#### **ISBN:**

978-980-18-3197-6

#### **DEPÓSITO LEGAL:**

DC2023000090

#### **ESCRITORES**

Sinar Alvarado

Guillermo Amador

Rodrigo Blanco

Ricardo del Bufalo

Roxana De Leo

Andrés Kerese

Gabriela La Rosa

Salvatore Maldera

Michelle Roche Rodríguez

Eduardo Sánchez Rugeles

Iván Zambrano

#### **PERIODISTAS**

Caque Armas

José Luis Ávila

Ricardo Barbar

Gerardo Guarache

Jonathan Gutiérrez

Betty Hernández

Adriana Herrera

Erick Lezama

Aymara Lorenzo

Patricia Marcano

M. Gabriela Méndez

Nolan Rada

Gabriela Rojas

Adriana Romero

Luisa Salomón

María Paola Sánchez

Florantonia Singer

#### **ILUSTRADORES**

Luis Bonilla

Ana Brett

Eddymir Briceño

Carlos Carreño

Héctor Do Nascimento

Benjamín Infante

Victoria Fernández

Ivonné Gargano

Yonel Hernández

Pablo Iranzo

Alyna Izquierdo

Manuel Lara

Patricia Urrutia

Alexander Wright

Michael Zerpa

## **AGRADECIMIENTOS**

A los escritores, periodistas e ilustradores, que se entusiasmaron con este proyecto desde el principio y fueron pacientes con el proceso de ejecución.

Al equipo de la Vicepresidencia de Comunicaciones y Responsabilidad Social de Banesco Banco Universal, por creer en nosotras desde el primer día. Mención especial para Rosamaría Atencio y Gisela Aguirre.

A la diseñadora Patricia Álvarez por ser cómplice y aliada de este proyecto.

A nuestros familiares y amigos por sumarse a esta aventura.

A las decenas de madrinas y padrinos que con su aporte hicieron posible este registro de la ciudad.

Al diligente equipo de Access Now y a Adrián González por ayudarnos a recuperar nuestra cuenta de Instagram: [@caracas\\_ciudadperdida](https://www.instagram.com/caracas_ciudadperdida) tras ser hackeada.



## INTRODUCCIÓN

# Caracas: ayer, hoy y siempre

Mirelis Morales Tovar, editora. / Mariana Cadenas, directora de arte.

Es mucho lo que Caracas ha perdido.

Tanto que ahora solo quedan recuerdos de esa ciudad que algunos conocimos.

Una Caracas cuyas noches transcurrían entre el Cordon Blue o La Belle Époque y que se mantenía despierta para saciar el hambre de los trasnochados en sus areperas 24 horas.

Una ciudad que nos deslumbró con impresionantes montajes artísticos al aire libre, durante las ediciones del Festival Internacional de Teatro y Por el Medio de la Calle.

La que despedía las tardes con un café en la Librería Lugar Común. La que era espacio de intensas tertulias en el Rajatabla o la que invitaba a sacudir el cuerpo en la pista de El Maní es Así.

Poco queda de aquella Caracas y quienes la vivimos no dejamos de sentir nostalgia por lo que ya no está.

Cuesta admitir que la pérdida de referentes urbanos es un proceso natural. Las ciudades cambian, mutan, se transforman...

Solo que, en nuestro caso, la desaparición de lugares emblemáticos ha sido abrupta y sin anestesia. Al menos, para quienes hemos visto a la ciudad cambiar desde la distancia.

Ahora, Caracas nos resulta ajena. No la reconocemos en las imágenes que se comparten por redes. Parece otro tiempo, otra vida, otra ciudad.

Esas pérdidas han terminado por trastocar nuestra relación con un entorno que, hasta hace poco, sentimos tan nuestro y que ahora se desdibuja en la memoria.

Este sentir nos impulsó a rescatar los vestigios de esa ciudad.

Solo que la reconstrucción de la memoria histórica de Caracas no podía ser un trabajo individual, sino un ejercicio colectivo.

Así reunimos a un grupo de talentosos periodistas, escritores e ilustradores —dentro y fuera del país— para juntos armar las piezas de 40 lugares emblemáticos que la ciudad ha visto desaparecer o que han cambiado de uso.

El resultado es una recopilación de vivencias, recuerdos y experiencias intimistas en torno a estos espacios que logra traerlos de vuelta al presente.

Estas páginas representan un valioso registro histórico de Caracas. Un homenaje a quienes marcaron la dinámica de la ciudad. Un aporte a las nuevas generaciones para que descubran una capital que ahora permanecerá entre nosotros para siempre.

## PRÓLOGO

Juan Carlos Escotet Rodríguez

Presidente de la Junta Directiva de Banesco Banco Universal

Toda ciudad se debate entre lo que permanece y lo que desaparece. En las ciudades conviven los que extrañan los aires, la presencia de las formas del pasado, con los que se maravillan y aplauden la irrupción de lo nuevo, en especial cuando las novedades se despliegan a la vista de todos en el espacio público: grandes edificaciones, parques que ocupan extensiones urbanas, avenidas y autopistas que se construyen para mejorar la circulación de peatones y vehículos.

En esta tensión subyacen argumentos poderosos y complejos. El primero de ellos lo constituyen nuestros apegos. Sentimos afecto por la ciudad en la que hemos crecido y vivido. A lo largo del tiempo, la memoria se va poblando de escenas, hechos que presenciamos, capítulos de nuestra existencia que no podemos separar del lugar en que ocurrieron. Hay calles, bancos en plazas, negocios de los que solíamos ser clientes habituales, vitrinas a las que volvíamos con curiosidad, salas de cine, cafeterías e innumerables lugares que se instalan en nuestros recuerdos, y que asociamos a la propia existencia. No son, como podría parecer a priori, datos de lo exterior, sino justo lo contrario: presencias que habitan en nuestra interioridad. Nos pertenecen.

Cuando recibimos la noticia de que uno de esos lugares que tienen un registro en nuestra memoria —muchas veces sin darnos cuenta— ha sido cerrado, reformado o, peor aún, derribado para dar paso a otra

cosa, por lo general nos invade un sentimiento de perplejidad: ¿cómo es posible? A veces, la experiencia es de horror. Como si nos hubiesen arrebatado una pertenencia propia, algo que tenía una repercusión personal o, más allá, que compartíamos con seres queridos.

No me refiero aquí a una cuestión que es terreno polémico y de especialistas muy afilados: el del patrimonio, tanto de su cuidado como de su destrucción deliberada o por omisión. En ciudades de distintos países he visto cómo se producen controversias, que incluso llegan a los tribunales, en las que disputan si una muy antigua edificación, en estado ruinoso, debe salvarse (lo que la mayoría de las veces exige inversiones muy grandes), o si debe provocarse su derribo definitivo, para eliminar los riesgos de que se produzcan accidentes indeseados o, como tanto vemos en nuestro tiempo, para dar paso a un cambio, a un nuevo lugar. Para dar paso a formas de modernización.

Lo que es indiscutible es que las ciudades cambian de configuración y de fisonomía. No hay en la historia de los conglomerados urbanos, ninguno que, en especial en épocas de esplendor, no haya cambiado bajo el ímpetu de la prosperidad. O, lo contrario, ninguno ha escapado al deterioro que se produce en tiempos de declive o empobrecimiento. A esto hay que añadir el terrible factor de las guerras: llegan, la mayoría de las veces, para destruir a los hombres y a sus ciudades. Así ha sido siempre, desde la



antigüedad, así ocurre ahora —como está pasando con Kiev, la capital de Ucrania—, así lamentablemente continuará siendo. La destrucción bélica tiene el poder de hacer irreconocibles los lugares por los que pasa.

Hay quienes sostienen que si el espíritu de la ciudad, el sello de su personalidad se mantiene, a pesar de las transformaciones puntuales, entonces estas pesan menos en la biografía de la ciudad. Otra cosa ocurre cuando lo que había desaparece para sucumbir al deterioro, a la herrumbre incontrolada, a la acción provocada por la negligencia.

Me atrevo a pensar que Caracas tiene una ventaja sobre muchas otras ciudades: su respiración está marcada por la imponente presencia de El Ávila. El cerro siempre está allí: irradia esa sensación de permanencia que tan bien conocemos los caraqueños. Está como guardián de nuestras esperanzas. Pero eso no impide que llevemos con nosotros sentimientos de nostalgia ante algunas desapariciones que ocurren en la ciudad que crece a sus pies.

De esas desapariciones concretísimas habla *Caracas 455: memorias de una ciudad perdida*. Reúne 40 breves textos, en cierto modo, crónicas de corta extensión, que se refieren a esos hitos asociados a la memoria de cada quien: restaurantes, espacios de encuentro, cafés, librerías, cines, ciertos negocios o edificios emblemáticos. Lugares que guardan «algo» en sus paredes. Lugares que, a pesar de

«perdidos», se conservarán en alguna medida, en textos, en fotografías, en la memoria sentimental de cada uno de nosotros.

*Caracas 455: memorias de una ciudad perdida* no es, por fortuna, un esfuerzo aislado. Forma parte de una habitada corriente cultural que se ha expandido por el mundo, en todos los continentes y en la mayoría de las lenguas. Está constituida por publicaciones, recopilación de testimonios, recuperación de archivos, producción de documentales, investigaciones realizadas por expertos, revisión analítica de antiguos documentos y tantas otras iniciativas, motivadas por una vocación común: que las ciudades no se pierdan del todo. Que lo recuperable sea fijado en algún soporte. Que la memoria, en todos sus órdenes —histórico, social, cultural y personal— no se hunda en la ingente masa de los olvidos, y se incorpore, de algún modo, a la realidad de lo que permanece.



ca  
ra 455  
cas

MEMORIAS DE UNA CIUDAD PERDIDA

# CONTENIDO



EL CORDON BLEU  
13

EL BUDARE  
DE LA CASTELLANA  
14

EL CUBANICO  
17

EL NATURISTA  
18

RESTAURANTE  
BAR  
EL PALMAR  
20

EVIO'S PIZZA  
22

LA BELLE  
ÉPOQUE  
24

LA SIFRINA  
27

LEE HAMILTON  
28

MARISQUERÍA  
DENA ONA  
31

RESTAURANTE  
PRESIDENTE  
32

LIBrería  
ALEJANDRÍA II  
34

LIBrería  
DEL ATeNeO  
36

LIBrería  
LUGAR COMÚN  
38

LIBrería NOCTUA  
40

LIBrería SUMA  
43

MeTRO  
DE CARACAS  
44

PaSeO  
DE LA FAMA  
AMADOR  
BENDAYÁN  
46

CaFÉ  
RAJATABLA  
48

CaFÉ OLÉ  
50

CaFÉ  
ATLANTIQUE  
53

EL MaNÍ  
ES ASÍ  
54

La Frasca  
DE TOLEDO  
56

EL TEATRO BAR  
59

La 92.9  
60

Feria  
DEL ATeNeO  
62

FESTIVAL  
INTERNACIONAL  
DE TEATRO  
DE CARACAS  
65

POr EL MEDIO  
DE LA CALLE  
66

VIDEOCANAL  
LOULE  
68

AUTOcINE  
LOS CHAGUARAMOS  
71

CINE ALTAMIRA  
72

CINE  
LA PREVISORA  
75

DON DISCO  
76

ESPERANTO  
78

RADIO CITY  
80

EL NACIONAL  
(ANTIGUA SEDE)  
82

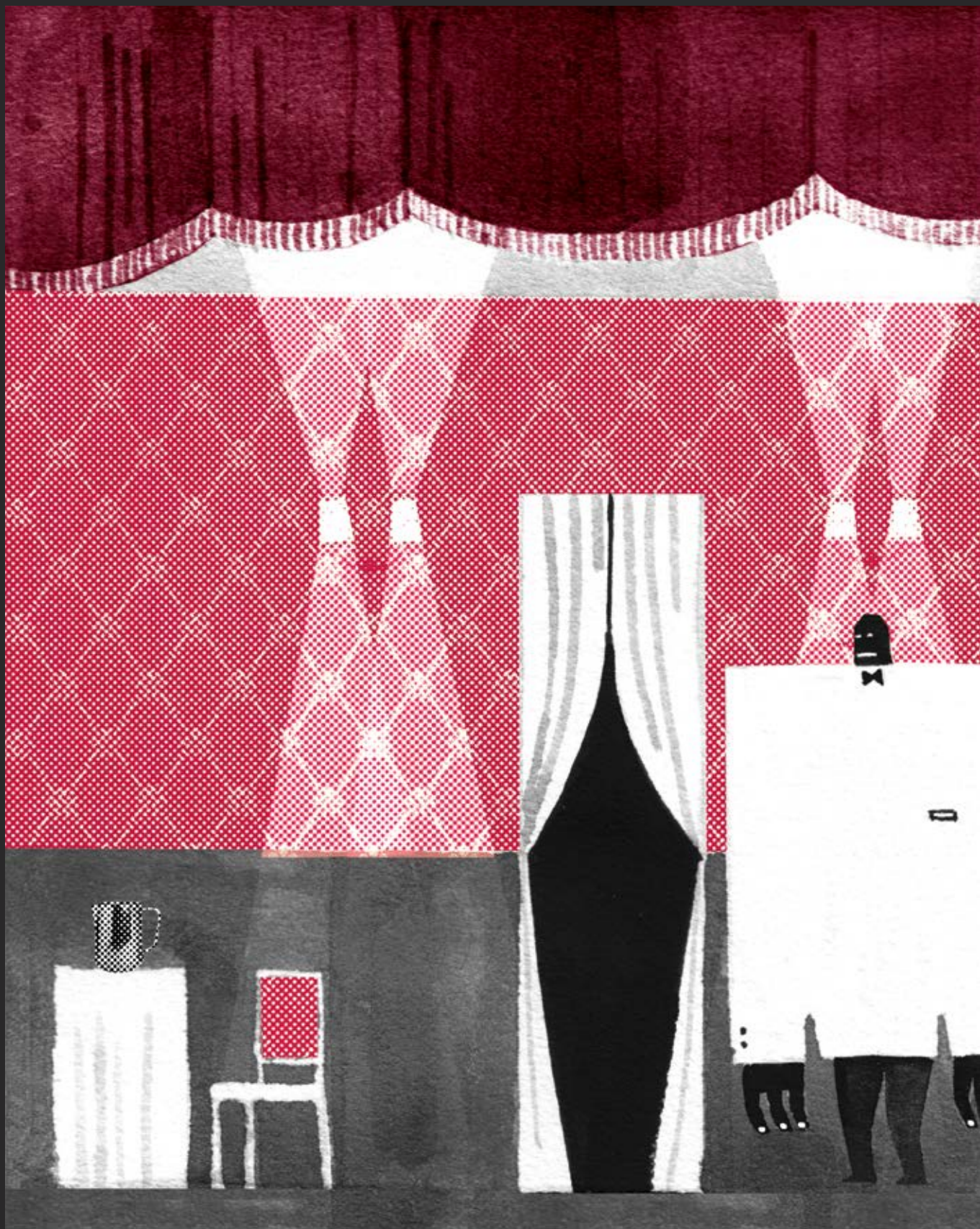
HOTEL  
CARACAS HILTON  
84

La Francia  
86

MAXY'S  
88

SOMBRERERÍA  
TUDELA  
91

↘ AÑO DE CIERRE: 2019-2020 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización Los Caobos, avenida Lima  
al lado del antiguo Teatro del Este (lateral a la Torre Polar), Municipio Libertador, Caracas /  
GEOLOCALIZACIÓN: [10.498310285612314, -66.886636783848159](https://www.google.com/maps/place/Urbanizaci3n+Los+Caobos,+Caracas,+Venezuela/@28.0498310285612314,-66.886636783848159,15z)





# EL CORDON BLEU

POR Rodrigo Blanco Calderón / ILUSTRACIÓN Yonel Hernández

El 30 de julio de 1970, en su columna *Pantalla de los jueves* de El Nacional, Abelardo Raidi daba cuenta de los restaurantes de moda en Caracas, como el Franco's, El Barquero y el Cordon Bleu: «este último de gran éxito por las tres formas como preparan allí el pato —¡a la naranja, al higo y a la cereza!».

El Cordon Bleu lo fundaron en 1969 dos primos oriundos de Monforte de Lemos (Lugo, España): José López López y Manuel López, a quienes se les uniría otro paisano, Julio Prado López. Desde entonces, el restaurante ubicado en la avenida Lima, en Plaza Venezuela, ha estado en las mismas manos, con el relevo de sus descendientes. José Antonio López, «Tony», recuerda que durante los primeros 25 años el Cordon Bleu se especializó en exquisiteces de la cocina francesa. De allí su decoración, que dio pie a la infundada leyenda de que fuera un burdel.

En los años del esplendor petrolero, se convirtió en un lugar de referencia para presidentes, artistas y hasta toreros (César Girón figuró entre los visitantes habituales). También para subversivos y guerrilleros: cuentan que en uno de sus reservados se planificó el secuestro de William Niehous en 1976.

Con la llegada del Viernes Negro en 1983, la clientela comenzó a mermar, cambió el menú y el público. Hacia finales de los años ochenta y principios de los noventa, la cerveza sustituyó al whisky y el Cordon Bleu, aunque siguió funcionando como restaurante, se convirtió en uno de los bares más populares de la ciudad, donde los jóvenes paraban a beber, hablar y cantar toda la noche.

En recuerdo de otras épocas persiste el hermoso piano del salón principal que alguna vez tocaron músicos como Rafael Ángel Aponte y Sonny Maestre. Incluso, un jovencísimo Asier Cazalis solía desgranar allí sus primeros acordes.

Poco antes de la pandemia de covid-19, el Cordon Bleu tuvo que cerrar sus puertas. Sin embargo, Tony no pierde la esperanza de que en un futuro puedan reabrir las. Si es así, el paladar, la memoria y el corazón de los caraqueños lo agradecerán.



# EL BUDARE DE LA CASTELLANA

POR Iván Zambrano / ILUSTRACIÓN Luis Bonilla

Frente a una arepa de pernil y un jugo de parchita, un 24 de diciembre mi primer novio me pidió el empate en El Budare de la Castellana. Folklore sexodiverso. El amor entra por la boca, y uno le dice que sí, aunque luego pegue en el estómago.

A cada mesa la convocaba un motivo distinto, que uno adivinaba según lo que le sirvieran: chupe para los enratonados, parrilla mixta para celebrar la quincena, cachapa de pernil y queso de mano para los que venían de hacer yoga en La Estancia. Los cuentos se cruzaban para los mesoneros que atajaban conversaciones incompletas mientras llevaban la comanda a la cocina. Un ecosistema engranado. Las historias y los carbohidratos mueven al mundo.

Por El Budare pasaron famosos, anónimos, diplomáticos que se hospedaban por Altamira, las *strippers* de Trío (el club para caballeros que estaba detrás) y las *drag queens* de Cool Café (el local *gay* que quedaba justo al frente).

«El gusto por una buena arepa no conoce de clases sociales», asegura Alberto Veloz, periodista gastronómico y cronista de Caracas. Hay quienes veían a El Conde del Guácharo comer cerca de la caja o a la agrupación Gran Coquivacoa pagando la ronda de arepas con unas gaitas.

El Budare de La Castellana fue escenario de todo tipo de shows. «Una madrugada, saliendo de Cool Café, pasé por El Budare con un amigo que tenía la maña de desnudarse cuando bebía. Entró al local con nada más que sus lentes puestos. Pidió una Reina pepiada ¡Y SE LA DIERON!», cuenta Desirée Fernández, una asidua cliente.

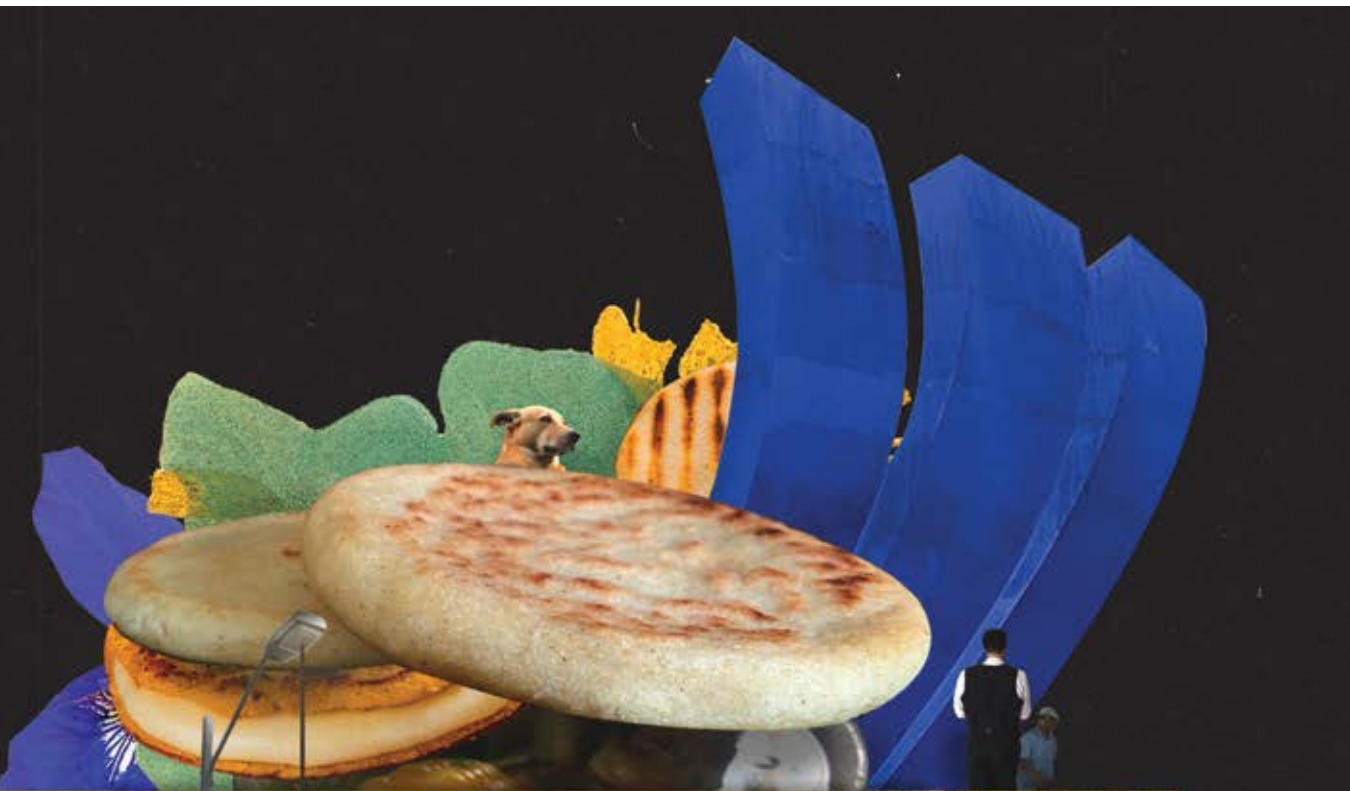
La plancha se prendió a mediados de 2002. El local funcionaba en la Quinta Samsilu de la avenida Eugenio Mendoza (Chacao). Tenía una vibra como a la casa de la abuela en la que podías resolver desayuno, almuerzo, antojo y cena.

Llegó la pandemia y el fogón se apagó. Bajó su santamaría en junio de 2021. Desde ese entonces, y durante meses, Arepita, el perro guardián del restaurante, se instaló en las puertas del local quizá con la esperanza de que le volviera a pegar el olor a cachapa. Arepita llegó a El Budare siendo un cachorro, que engordó con el menú de la casa.

Antes de El Budare, en la Quinta Samsilu funcionaba una franquicia internacional de sándwiches: Schlotzsky's. Ahora opera Carbón, un restaurante de comida criolla a la brasa con un estilo sofisticado. En esa esquina de La Castellana no queda espacio para la nostalgia. Barriga llena, corazón contento.





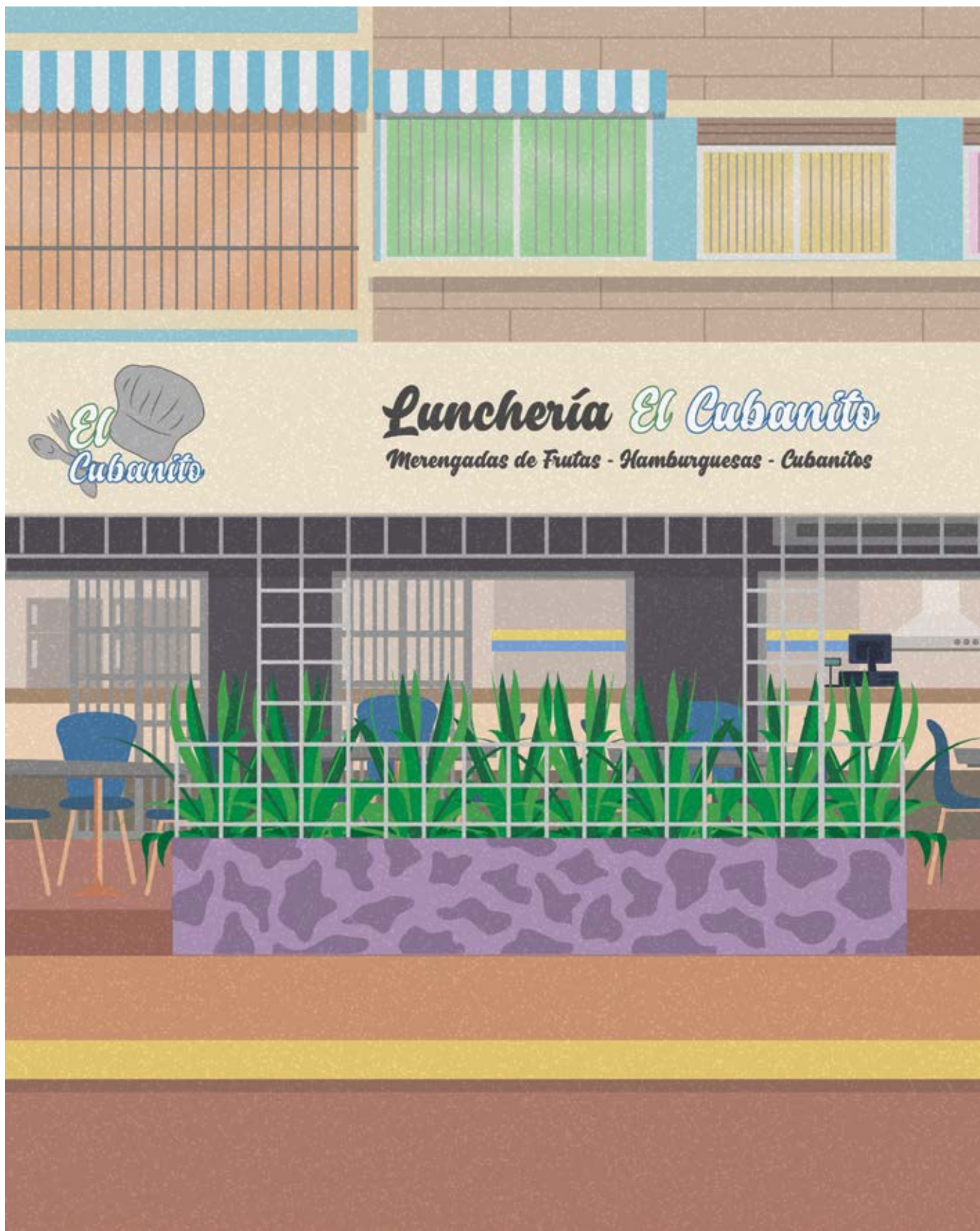


Pifia: patilla, fruesa, naranja, tamarindo, melón, lechosa, guanabana, mandarina

"El encuentro de los mundos".  
Iván Zambrano

➤ AÑO DE CIERRE: 2021 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización La Castellana,  
avenida Eugenio Mendoza con 1ª transversal, Municipio Chacao, Caracas /  
GEOLOCALIZACIÓN: [10.496083, -66.850861](https://www.google.com/maps/place/Urbanizaci3n+La+Castellana,+Caracas,+Venezuela/@28.000000,-86.666667,15z)

➤ AÑO DE CIERRE: 2019 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización Las Acacias, avenida Presidente Medina al lado de Victoria Motors, Municipio Libertador, Caracas. Abrieron otro El Cubanito, también en Las Acacias, en la avenida Guayana con avenida Roosevelt, Municipio Libertador, Caracas / GEOLOCALIZACIÓN: [10.4829793990516526](tel:04829793990516526), -66.8966986333756





# EL CUBANITO

POR Adriana Herrera / ILUSTRACIÓN Carlos Carreño

Cuando mi madre salía del colegio, pasaba por una lunchería que quedaba a dos cuadras de su casa. Con la emoción de quien juntaba las monedas para comprarse la merienda, llegaba allí y pedía un perro caliente con un café claro o un batido de guanábana. Los meseros ya la conocían bien. Le servían el pan, ligeramente tostado, con papas fritas; y siempre disponían en la mesa tres salsas para que ella le pusiera a su gusto. Esa lunchería era El Cubanito, perpendicular a la avenida Roosevelt, y con esos sabores de media tarde creció mi madre en los años setenta.

Era un espacio sin pretensiones, con apenas ocho o diez mesas; informal y cercano, pero con sus meseros vestidos de chaqueta blanca y pajarita negra. Con el tiempo, el gusto de mi madre por el menú se fue ampliando: prefería el *club house* y las fritas, que era como llamaban a las hamburguesas. Y claro, también estaba el Cubano, ese pan francés con pernil y pepinillos dulces que caló en el gusto de los caraqueños y se instaló en la memoria de quienes visitaban el lugar.

Pasaron 22 años desde aquellos días que mi madre salía del colegio hasta que me llevó por primera vez a El Cubanito de sus recuerdos. Conocí a José, a Luis, a Felipe, meseros que estaban allí desde

su adolescencia. Entonces, adquirí mis propios gustos: la naranjada, el batido espeso de fresas o la merengada de ajonjolí que, de tan rara, era de las más pedidas.

Detrás de la barra, todo sucedía con rapidez. Desde las mesas decían la orden en voz alta y el encargado de los fogones iba dando indicaciones: ¡tres fritas, dos con huevo, un batido! Mientras, se escuchaba el sonido de las licuadoras, el de la carne cortándose sobre las planchas, un radio soltando canciones y las risas de los comensales. Con esa dinámica, El Cubanito resolvía almuerzos, antojos de tarde, cenas copiosas.

Con los años, ampliaron el local, el menú dejó de ofrecer algunas cosas y cambiaron el anuncio que tuvieron por casi cuatro décadas. Ese letrero que le dio a El Cubanito un aire más moderno sigue allí, aunque la santamaría esté cerrada. Que no lo hayan quitado es lo único que le hace preguntarse a quienes vivieron los buenos tiempos entre esas mesas si reabrirá en algún momento, como si siguiera detenido en el tiempo.



# EL NATURISTA

POR Gabriela Rojas / ILUSTRACIÓN Patricia Urrutia

La noche del sábado 14 de marzo de 2020, el bullicio de los grupos buscando acomodo en las mesas de El Naturista venía con la novedad de un tema de conversación: el coronavirus había llegado a Venezuela. La confirmación de los tres primeros casos se volvía efervescente como la espuma de las cervezas que iban de mesa en mesa.

El lugar estaba lleno como en los días y semanas previas. Miguel Ángel Andrade había ido con un grupo de amigos el jueves: «teníamos un cumpleaños y fuimos al karaoke a cantar. Los jueves eran de karaoke y nosotros íbamos por lo menos cada quince días».

Cinco años antes, El Naturista había modernizado su imagen. Pero en esencia seguía siendo aquel bar confiable 24 horas, con un aire irresistible de parador de carretera. Ambiente familiar, según la jerga local.

Lo más familiar era su enclave. Tres importantes torres de oficinas que dominan la segunda transversal de La Castellana, pero la verdadera «trinidad» de referencia la conformaron durante décadas El León, refugio cervecero de generaciones, el Mc Donald's y, por supuesto, El Naturista.

Su nombre le dio influjo a lo que le rodeaba: los taxis de El Naturista, la clínica frente a El Naturista y los «perros» de El Naturista, una historia con virtud propia que construyó el no menos popular maracucho que hizo ese punto de sabor hace más de 20 años.

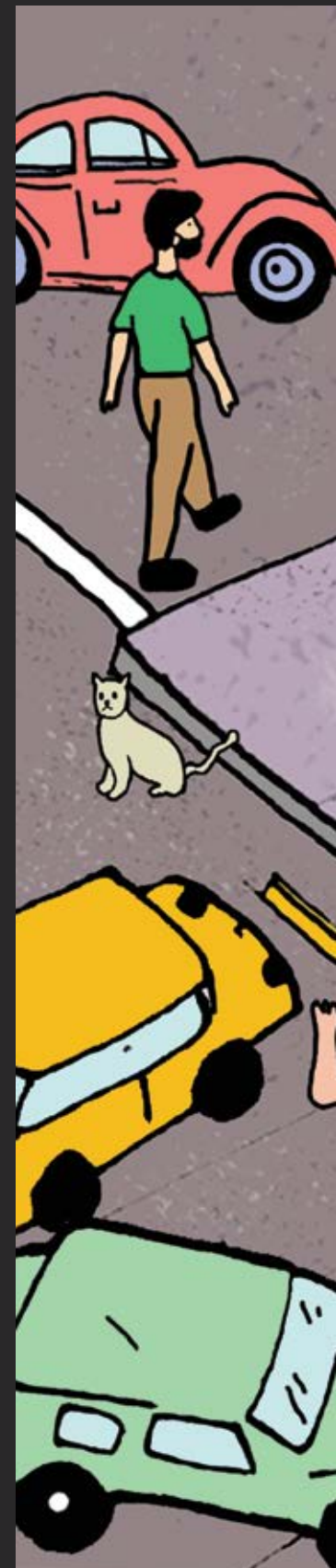
El miércoles 18 de marzo de 2020 un discreto papel en su entrada y un anuncio a través de sus redes sociales congeló el tiempo. Debido a la cuarentena decretada por la pandemia de covid-19, el local cerraba sus puertas «hasta nuevo aviso».

Aviso que nunca llegó.

El encierro aniquiló los lugares de encuentro. El distanciamiento social marcó el paso de los días, que se convirtieron en meses, y aquella puerta abierta 24/7 se volvió una fachada polvorienta cubierta de lonas negras y un nombre que apenas se adivinaba bajo láminas de pintura roja.

Cuando la vida sin cuarentena fue imponiendo de nuevo el ritmo de la ciudad, la calle San Felipe con segunda transversal de La Castellana había cambiado. El 28 de julio de 2021 un sonriente cochinito inauguraba un renovado local, que ponía fin a más de 30 años de historia. El Naturista ya no existía.

Miguel Ángel Andrade aún trabaja a media cuadra del lugar. Dos años después, cuando regresó a la presencialidad del trabajo en la oficina, sufrió un despecho inesperado: «Fue extraño. Un día, así como así, me di cuenta de que estuve en la última rumba en El Naturista».





➤ AÑO DE CIERRE: 2020 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización La Castellana, avenida San Felipe con 2ª transversal, Municipio Chacao, Caracas / GEOLOCALIZACIÓN: [10.498208, -66.859780](https://www.google.com/maps/place/10.498208,-66.859780)



# Restaurante Bar EL PALMAR

por Gerardo Guarache Ocque / ILUSTRACIÓN Manuel Lara



El Palmar era de otra dimensión. Una vez dentro de ese templo culinario con pagoda, dragones y caligrafía chinas, parecía un planeta distinto al del busto de Lincoln de la placita contigua. Se sentía lejana la Caracas europea; sus elevados, que alguna vez fueron maravillas arquitectónicas; el smog y el ruido.

Todo cambiaba alrededor: el Sears se volvió Maxy's y el Maxy's devino en Ciudad Banesco. El dólar subió... Pero El Palmar, el primer restaurante chino de Caracas, seguía en la avenida Leonardo Da Vinci de Colinas de Bello Monte como lugar de referencia e institución gastronómica.

No cambiaba la temperatura óptima de las cervezas ni la banda sonora de *greatest hits* a puro saxo. No cambiaba su decoración inspirada en la China antigua, que llegó a convencer a los colombianos Maluma y Alkilados como escenario de su videoclip de 2017. Pero sí variaba el menú, que comenzó por traer a Venezuela una versión americanizada de la comida cantonesa y terminó tropicalizándose, incorporando platos de otras regiones de China e incluso de Tailandia, Malasia y Singapur.

En un intento por complacer al paladar venezolano, El Palmar introdujo el pato Pekín y la sopa mongolosa, así como variantes del mero Shanghai y los langostinos en salsa de nueces al estilo Hong Kong. *Comer chino* allí era más que arroz frito, chop suey, lumpias y costillitas de cerdo en salsa agri dulce.

Todo comenzó con Yen Moy, un aprendiz de un famoso cocinero llamado Lu Hung, que tuvo la osadía de huir de la China sangrienta de Mao Zedong. Moy se fue a Maracaibo, que ya disfrutaba de las bondades de la explotación petrolera, y montó, en 1953, Los Farolitos, el primer restaurante chino de Venezuela. Al año siguiente, compró El Palmar, que era un restaurante tropical, y decidió conservar ese nombre que acompañó a los Moy durante tres generaciones en las que su letrero rojiverde se volvió ícono de la ciudad. Desde su llegada, más nunca hubo Caracas sin restaurante chino.



# EVIO'S PIZZA

POR Ricardo Barbar / ILUSTRACIÓN Patricia Urrutia

Todo comenzó en Al Taglio, una pizzería con barra y dos butacas donde Evio Di Marzo tenía una escopeta y guardaba el dinero detrás de un cuadro. Allí en La Florida se hacían filas por *slices* y pizza para llevar. Evio era conocido por ser el hermano del cantante Yordano y por ser la voz y guitarra de Adrenalina Caribe, un grupo famoso por la canción «Yo sin ti no valgo nada».

Música y pizza fue la base para crear Evio's Pizza en 2002. Era un lugar más amplio, ahora con mesas, pero con la misma receta. La masa delgada y crocante y los ingredientes siempre en estricto orden. La salsa no se condimentaba cuando se cocinaba sino al momento de armar la pizza. Evio quería que todo se sintiera en capas: la acidez del tomate, el orégano, la sal y el azúcar.





Las favoritas de la clientela eran la Campagnola y la Company. Una con jamón serrano y rúcula; la otra de tomates secos con queso de cabra. Eran tan buenas que llegaron a enviarse por correo a otras ciudades.

El lugar se convirtió en un ícono de reunión política y artística, y la pizza una excusa para juntarse en esa calle ciega de Los Palos Grandes. Allí se presentaron Aquiles Báez, C4 Trío, Caracas Sincrónica... Hacían música en ese espacio pequeño donde había un grillo en una pared blanca. Un grillo con gorro de chef y pizza en mano pintado por Lobo (Ángel Martínez), un grafitero de los años ochenta.

La pizza en la familia Di Marzo fue más que un plato para ganarse la vida. Llenó la mesa vacía en épocas donde no pudieron comprar hallacas y pernil. Hacia 2011, el restaurante cerró

definitivamente y pasó a otras manos bajo el nombre de Sette. Todavía en Twitter hay quienes piden pizza Di Marzo.

Los hijos de Evio buscaron la pizza de su padre en tantos lugares que los decepcionaron. Ahora Rogelio las vende en Caracas con la misma receta, pero congeladas. Shakira y Rossana abrieron restaurantes: Soma, en Buenos Aires y Punta del Este; y La Puipana, en Canarias. En Soma, a Shakira le han dicho que su comida sabe a Di Marzo. Cuando los hijos cocinan, usan una pizza y media o tres de sal, uno o tres huevos.

Evio pensaba que a Dios le gustaban más los números impares.



# La BELLE ÉPOQUE

POR José Luis Ávila / ILUSTRACIÓN Hector Do Nascimento





En la calle Leonardo Da Vinci de Colinas de Bello Monte, abrió un restaurante francés de postín que dejaría huella en la historia gastronómica de Caracas. Era 1957. Su apogeo coincidió con el nacimiento de la democracia venezolana y años de crecimiento económico sostenido, que hicieron de su emblemático filete de mero a las finas hierbas un bocado de pura *modernité*. El tiempo pasó y a la llegada del siglo XXI, aquel reducto se encontraba cerrado y quebrado, hasta que Pierre García y los hermanos Romero le devolvieron sus días de gloria, pero esta vez, a ritmo de fiesta.

La apertura ocurrió en 2001 (nadie recuerda el día exacto), pero lo que sucedió después bien podría inspirar una secuela de *El pez que fuma*. Los aires de libertad y la mezcla de públicos que tuvo el bar (apodado como «La huele fo») fueron únicos. «Entraba todo el mundo siempre y cuando supieran comportarse... Podías encontrar desde un malandro, un alto personaje de la oposición o el oficialismo, hasta la sifrina más sifrina del valle», confirma Pierre García. En la tarima era posible ver a un grupo *hare krishna*, un malabarista del semáforo de la esquina, hasta un toque de Desorden Público, Aterciopelados o el reencuentro de Sentimiento Muerto.

Se recuerda tanto a Nerón —el rabioso dóberman que custodiaba el patio trasero y testigo de los actos más inconfesables de la concurrencia—, como a la estimada *recogelatas* que hablaba francés con Pierre en la puerta mientras entablaba amistad con la caraqueñidad allí reunida.

Inolvidable la noche que Black Eyed Peas, al cerrar su concierto en el estadio de la UCV, invitó a los presentes a seguir la juerga en el bar, lo que generó uno de los mayores colapsos que se hayan vivido en el municipio Baruta. Pero ningún famoso fue tantas veces como Gustavo Cerati. «Las chicas del Angelus también eran asiduas», pide Pierre que se mencione.

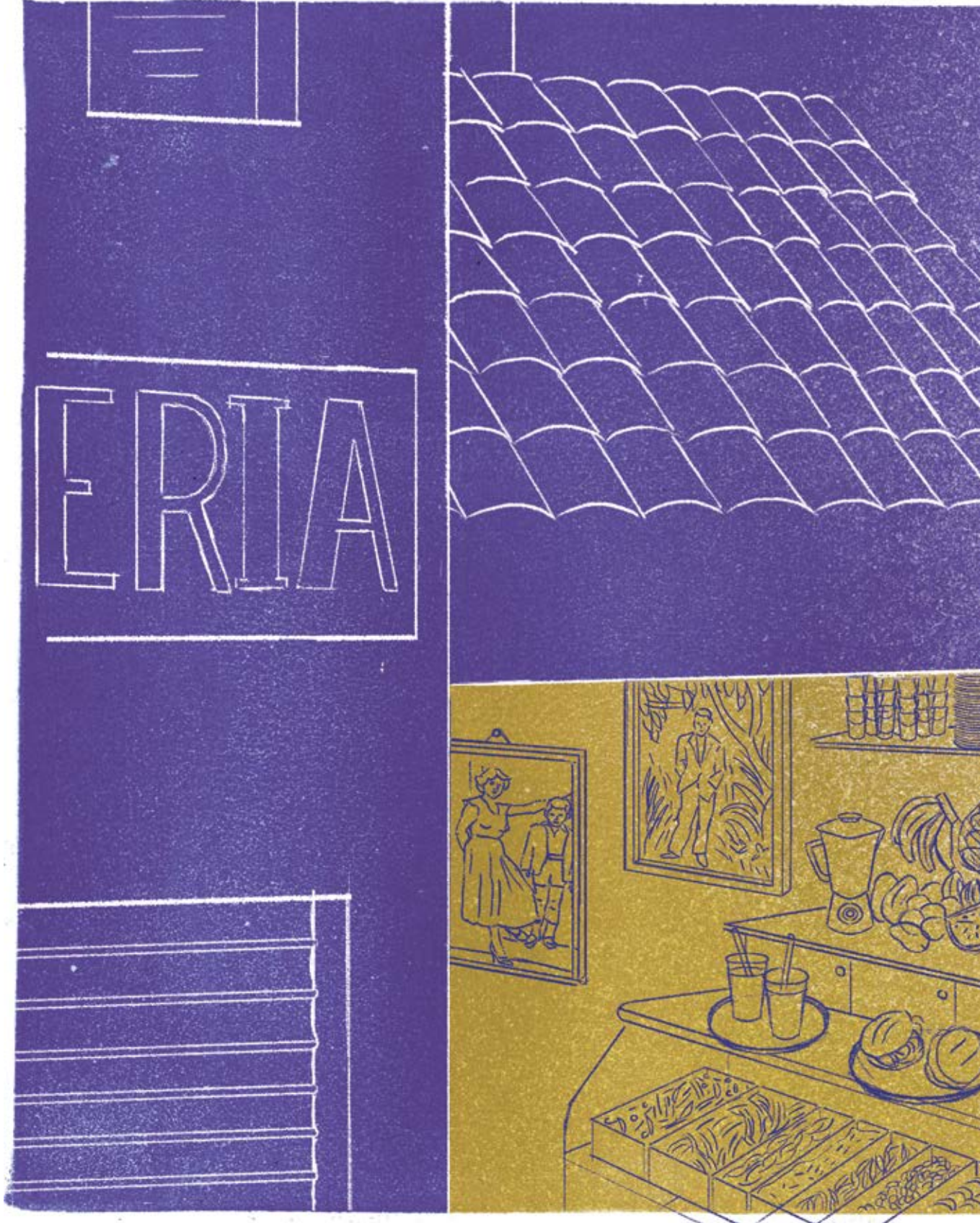
Tras el primer año y un éxito que trascendió fronteras —se vendían 2.500 cajas de cerveza al mes—, llegó la demanda de desalojo. «La licencia del local era para el expendio de alimentos y bebidas, por lo que la transformación en un bar ponía en riesgo el permiso de funcionamiento. Nos pasaron el dato de que llegaría una inspección judicial y nos preparamos. Llevamos a todos nuestros familiares. Nos vestimos con pantalones de tirantes y saco. De paso, le pagamos a un chef para que cocinara un menú francés. Cuando la inspectora entró y vio aquello, soltó a todo gañote: ‘¡No me jodan!’».

Pero una noche de finales de 2005 y tras 6 o 7 despedidas, la Belle Époque terminó. Como si de un Partenón caraqueño se tratara, la gente tomó objetos de recuerdo. Incluso, el neón de la entrada se lo robaron antes de que sus dueños pudieran conservarlo y después reapareció en un local de La Florida, llamado La Guapa. «Lo reclamamos, pero el dueño insiste en que lo compró a alguien que vendía objetos de segunda mano», lamenta Pierre.

He aquí una película de principio a fin.



➤ AÑO DE CIERRE: finales de los noventa / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización La Castellana, avenida Blandín, Municipio Chacao, Caracas / GEOLOCALIZACIÓN: [10.497833, -66.853248](tel:049783366853248)





# La SIFRINA

POR Andrés Kerese / ILUSTRACIÓN Ivonné Gargano

Recurro a Google para buscar: «Arepera La Sifrina, La Castellana» y me aparecen varias referencias a una Reina Pepiada con queso amarillo, que, en el listado de los tipos de arepas, se conoce como La Sifrina.

Los resultados no me aclaran si la arepera abrió en los años setenta o comienzos de los ochenta. Pero Stefania Fallone, hija del fundador del restaurante Via Appia, cuenta que estaba allí cuando abrieron su local de comida italiana en la avenida Blandín en 1992. La Sifrina, entonces, tiene que haber dejado de ser el último refugio gastronómico de los noctámbulos con hambre a finales de los noventa.

En 1985, cuando todavía éramos 100 % analógicos y la canción *Manantial de corazón* se escuchaba en los reproductores de cassettes, La Sifrina estaba abierta las 24 horas. Durante años, fue el lugar donde se iba a comer la segunda cena o el primer desayuno.

Los fines de semana no era extraño conseguir clientes en traje formal, pues la mayoría de los matrimonios terminaba comiendo arepas. También se convirtió en nuestro destino después de salir de un concierto en el Poliedro o del estudio Mata de Coco. La parada obligada luego de El Ático, Julius, Weekends o L' Antro, con la idea de aplacar el exceso de alcohol.

La entrada era amplia. A mano derecha, estaba la barra con las opciones de rellenos de arepas. En un mesón de atrás había varias licuadoras en fila donde se preparaban los batidos, sin escatimar la cantidad de frutas ni de azúcar. Más al fondo estaba la plancha. Casi siempre se veía a dos mujeres haciendo las arepas. Una de ellas tenía la habilidad de hacer dos a la vez, con cada mano.

En mayo de 1985, mi papá murió en un accidente de tránsito. Yo tenía 22 años. De repente, mi mamá se quedó sola. Ya mis hermanos mayores tenían su familia y yo llevaba algún tiempo en Margarita. Después del entierro, me quedé con ella. El apartamento se nos hacía demasiado grande y nosotros estábamos demasiado vacíos. Mi mamá ya no tenía necesidad de cocinar, después de hacerlo por décadas. La primera vez que nos quedamos solos decidimos caminar a La Sifrina. Yo pedí una arepa de ensalada de gallina y otra de queso guayanés. No me acuerdo qué pidió mi mamá. Esa noche, comiendo arepas, comenzó una nueva vida para nosotros dos.



# Lee Hamilton

POR Guillermo Amador / ILUSTRACIÓN Patricia Urrutia





A veces creo escuchar aquella voz familiar de la radio recomendando el restaurante Lee Hamilton Steak House: «*el de los triunfadores, como usted, en el corazón de lechuga de La Castellana*». Ese sonido me saca una sonrisa porque me lleva allí, a recordar tantas historias y a saborear en mi mente el famoso *corazón de lechuga roquefort*, que era el plato insignia del lugar.

Sus salones con mucha luz, los acabados de madera, los pisos de mosaico... Aquella creación abrió sus puertas en 1958, de la mano de quien sería un personaje muy conocido en la restauración criolla: Leon Hamilton Cooper, Lee Hamilton para los amigos.

Su historia se inició en Maryland, estudió hostelería en Nueva York y luego emprendió rumbo hacia Venezuela para abrir uno de los primeros *Steak House* de nuestro país en el medio de una urbanización que aún tenía caminos de tierra pero un clima maravilloso: La Castellana. Aquel proyecto incluía una granja experimental en Los Teques con la que surtía sus necesidades de hortalizas.

Así nació el *Lee Hamilton Famous Steak House*, donde descubrimos qué era un «bar de ensaladas», donde algunos vieron al propio Lee Hamilton sirviendo cocteles en la barra, o probamos, además de los ahora clásicos cortes de carne, platillos como el *Steak Tartare* que era preparado en la mesa, así como aquellas pequeñas empanadas acompañadas de la famosa mermelada de ají dulce.

El *Lee Hamilton* estuvo 60 años ahí y aún hoy pienso en la voz de Pedro León Zapata, nuestro querido artista plástico, invitando a sentarse en la mesa del legendario lugar, «en el corazón de lechuga de La Castellana», porque fue él quien tuvo la picardía de llamar así a esa zona de Caracas, en honor a una famosa ensalada y un sabroso recuerdo.

Nota: Lee Hamilton reabrió sus puertas en 2023, de la mano de otros dueños.



➤ AÑO DE CIERRE: 2022 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización El Rosal, avenida Tamanaco frente a la avenida Naiguatá, detrás del Centro Lido, Municipio Chacao, Caracas / GEOLOCALIZACIÓN: [10.490694, -66.861806](https://www.google.com/maps/place/10.490694,-66.861806)





# Marisquería Dena Ona

POR **María Paola Sánchez** / ILUSTRACIÓN **Victoria Fernández**

*Camarón que se duerme, Dena Ona lo plancha.* Ese eslogan aún resuena en la mente de los comensales que hacían fila para degustar su popular paella valenciana, los camarones al ajillo o las langostas en cualquiera de sus tres preparaciones: grillada, a la *thermidor* o en medallones. «La paella que se comía en el Dena Ona era exquisita, no la había en otro sitio», afirma Rafael Fuentes Jr., periodista, productor musical y voz de las cuñas del restaurante.

La fama de la marisquería se remonta al restaurante *La Giralda*, ubicado entre el bulevar de Sabana Grande y la avenida Casanova, donde los hermanos Antonio y Manolo Gallardo habían ganado elogios por la cocina española. Ambos huyeron de su natal Galicia en los años cincuenta, en medio de la dictadura franquista. Antonio fue el primero en llegar a Venezuela. Manolo, en cambio, optó por irse a Cuba, de donde escapó tras la expropiación de su negocio en los inicios de la revolución.

Ya reunidos en Caracas, los Gallardo decidieron dejar los fogones de La Giralda y en 1984 apostaron por la compra del Dena Ona de la avenida Tamanaco, en El Rosal, fundado diez años atrás por Juanito Zúñiga. No solo trasladaron a su clientela, que llegaba preguntando si ese era el nuevo negocio de los hermanos; también a los cocineros, mesoneros y al barman.

Puertas adentro, los comensales esperaban la temporada de langosta viva, en la que se les permitía seleccionar las langostas que se querían comer de dos grandes tanques para ser preparadas en el momento. Sin embargo, quienes asistían con más frecuencia aseguran que se trataba de un espectáculo para desafiar su conocimiento so-

bre el mejor marisco e incentivar la competencia sana, pues muchas de las que cocinaban estaban congeladas.

Su sopa de cebolla, los callos a la madrileña y el bacalao eran otros de los platos estrella, que hacían honor al significado de su nombre en vasco, «Todo bueno». Si no pedías alguno de los clásicos, tampoco hacía falta revisar la carta. Bastaba con escuchar las recomendaciones de «Toñito», el capitán del restaurante.

Dena Ona no solo fue el sitio preferido de banqueros y ejecutivos, también asistían músicos nacionales e internacionales, políticos e intelectuales. Ismael Miranda, Cheo Feliciano, Celia Cruz, José Ignacio Cabrujas, Ricardo Montaner, Yordano, Franco De Vita, son algunas de las personalidades que recuerdan Fuentes Jr. y Waldino Benítez, exencargado y trabajador por más de 30 años de la marisquería.

A lo largo de sus cuatro décadas, el Dena Ona tuvo un bar ejecutivo donde se conformaron distintas «peñas» para hablar de béisbol, hipismo o negocios. La peña más activa, conformada por un grupo de veinte personas e integrantes de un grupo de WhatsApp llamado *El dentadero de Gallardo*, conserva lo único que quedó del restaurante tras su demolición en junio de 2022: la placa de madera ubicada en la entrada que lleva el nombre Dena Ona en letras plateadas. Restaurada y barnizada, la llevaron consigo al Costa Vasca, su nuevo sitio de reunión.

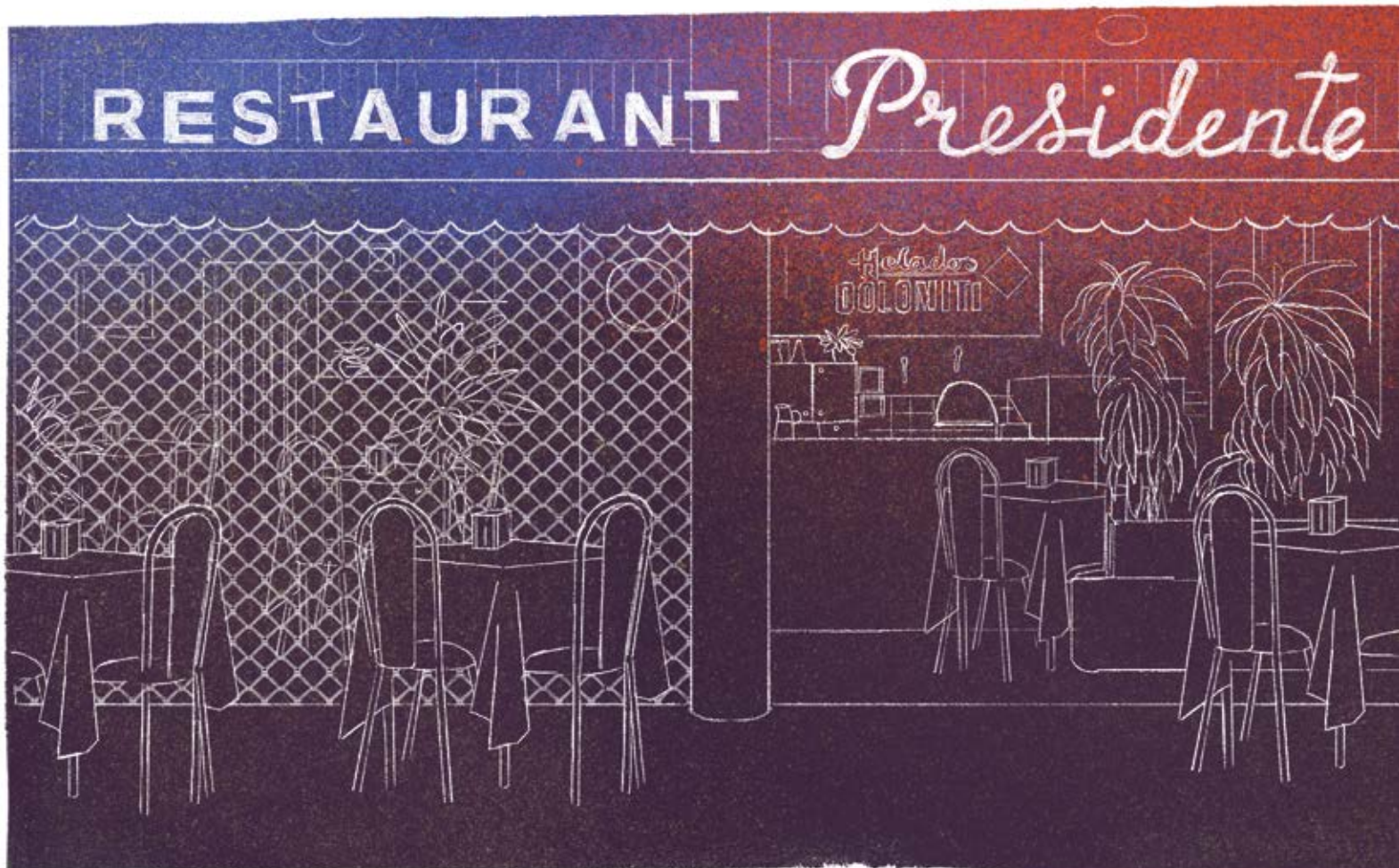
# Restaurante Presidente

POR Ricardo Barbar / ILUSTRACIÓN Ivonné Gargano

Zoila aprendió a cocinar a los diez años con pimentón, cebolla y ajo, como era costumbre en España. A esa edad perdió a su madre y tuvo que encargarse de la comida de sus siete hermanos. En 1979 emigró a Venezuela, donde conocería el ají dulce y a Antonio, su futuro esposo.

Ambos decidieron emprender y en 1986 compraron un restaurante a una pareja de italianos. El lugar se llamaba Presidente y tenía la edad de Zoila: 25 años. Su propietario original había sido un italiano llamado Gianni, quien levantó ese negocio en 1961.

Zoila y Antonio pasaron a ser los terceros dueños. No cambiaron ni el nombre ni el letrero; más bien lo repararon para conservarlo. Preparaban la comida por la mañana y servían entrada, plato principal y postre al mediodía. Cocinaban pollo al horno, muchacho al vino, picadillo al curry, callos a la vizcaína. ¿Postres? Pudín de chocolate, flan de caramelo y toronja sorpresa —la sorpresa era un chicle—. Un menú impecable, según un cliente que vivió las tres épocas de Presidente. Recuerda que se hacían filas para entrar y se compartían las mesas con desconocidos.





Miro Popic —periodista y escritor de gastronomía— publicó un artículo en la revista *Feriado* que daba créditos de aquella fama: «Harían falta muchos más Presidentes, repartidos en toda la ciudad». Su reseña nos demuestra que el lugar se mantuvo intacto: «un pequeño sitio de apenas 12 mesas (...) con sus manteles a cuadro azul y blanco, dos grandes ventiladores girando constantemente, y dos o tres mesas bajo un toldo a rayas blanco y rojo, como para hacernos el aire de que estamos en otra ciudad».

En marzo de 2022, esa clientela que por más de 36 años atendió Zoila con esmero acudió al último día de Presidente. Ella sirvió los platos, se despidió y entregó las llaves. Meses después de su cierre, todavía se puede ver el letrero en la tercera avenida de Los Palos Grandes. El mismo de hace 61 años. El presidente que más ha durado en Venezuela.



# LIBRERÍA ALEJANDRÍA II

POR **Luisa Salomón** / ILUSTRACIÓN **Carlos Carreño**

Un librero genera conversación; recomienda, promueve, invita... Eso lo aprendió Rodnei Casares en sus más de diez años trabajando en la librería Alejandría II. El oficio lo conoció de manos de Leonardo Milla, un uruguayo que atesoró los libros desde pequeño, cuando los vendía en las calles de Montevideo con su padre Benito Milla. Con el tiempo, este creó una editorial, que Leonardo estableció en Venezuela. Luego, abriría cinco librerías: Alejandría I, II y III,

en Las Mercedes y Chacaíto; y Ludens I y II, en Plaza Venezuela y la ciudad de Mérida.

En el emblemático local de Alejandría II, ubicado en Paseo Las Mercedes, se presentaron autores jóvenes, se hicieron premiaciones literarias, se bailó changa *tuky*. También lo visitaron poetas como Rafael Cadenas, escritores de la talla de Juan Villoro y hasta el expresidente Leonel Fernández.





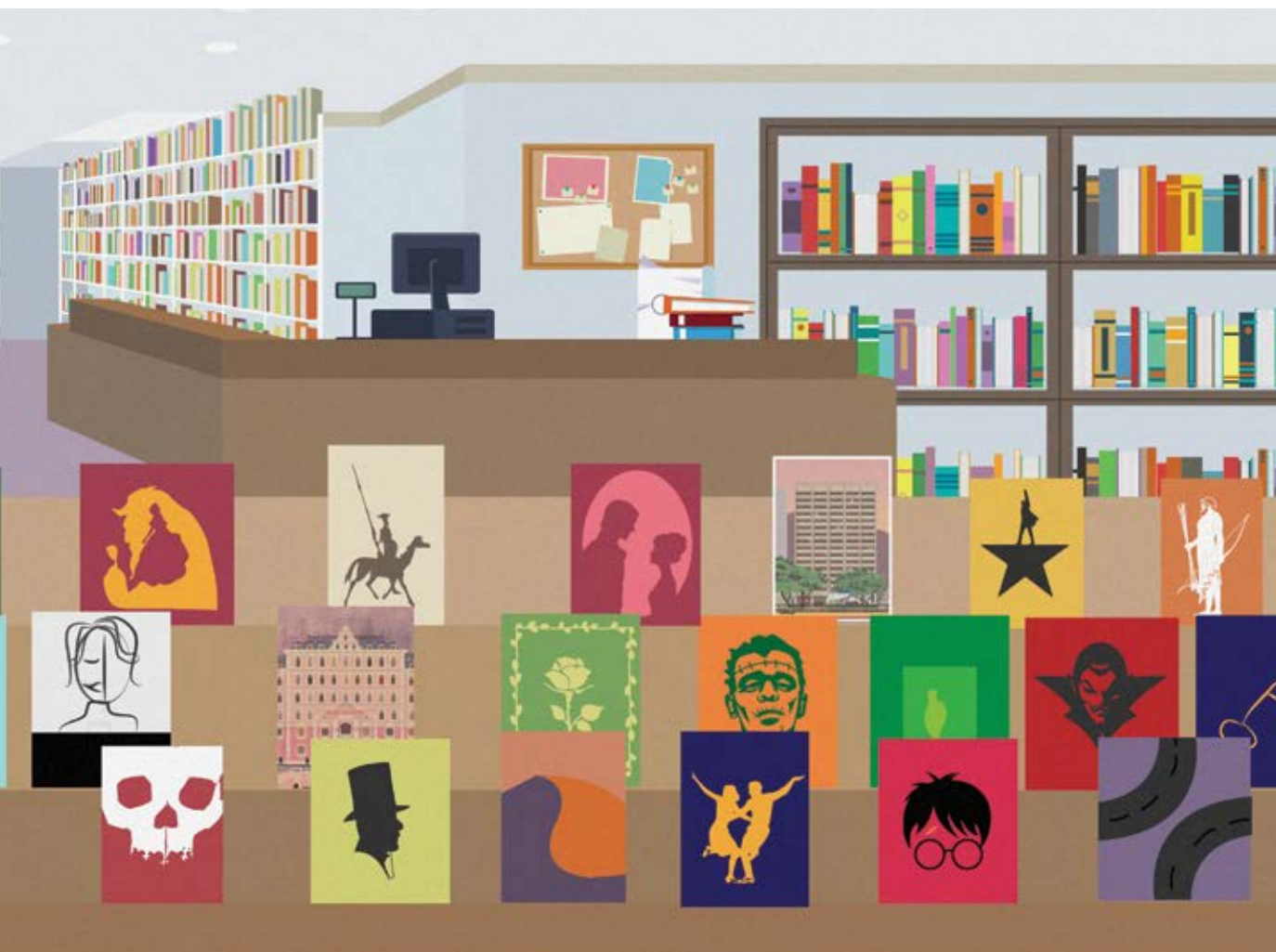
Más que una tienda de libros, Alejandría era un sitio de encuentros. Se organizaron eventos y debates, que llevaron la discusión literaria más allá de las páginas. Y se presentaron *bestsellers* venezolanos, como *La rebelión de los náufragos* de Mirtha Rivero, uno de los libros más vendidos del país y el más solicitado en Alejandría II.

«Alejandría fue la librería independiente más importante de Venezuela. A lo mejor hubo otras más lindas o con mejores libros, pero Alejandría destacó por su alcance, por todo lo que significó dentro del mundo literario», afirma Rodnei.

Durante sus años como librero introdujo a muchos en la lectura, hizo amigos entre los

autores que presentaron sus libros y vio a los hijos de sus clientes regresar a comprar sus primeros ejemplares como adultos.

Alejandría II fue la última de las cinco librerías en cerrar. Anunció su clausura para 2023. En los últimos meses sus pasillos se llenaron de clientes nostálgicos, quienes acudieron al remate de los ciento sesenta mil libros que quedaban en inventario. Para así resguardar, con algún ejemplar, parte de la memoria de este espacio de la ciudad, cuyo nombre evocaba al mayor centro cultural de la Antigua Grecia.



# LIBrería DEL Ateneo

POR **María Gabriela Méndez** / ILUSTRACIÓN **Victoria Fernández**

«Antes y después de la función, disfrute de la Librería del Ateneo», se lee en una publicidad de la guía cultural *Intermedio* que editaba el Ateneo de Caracas. Y sí, cualquiera fuera el plan que eligieras entre la amplia oferta de ese complejo cultural, era obligatorio y casi un ritual descender las escaleras, plantarse frente a la vitrina y luego echar un ojo a las novedades editoriales. También podías ir al fondo del local a tomar café y comer

algún bocado ligero. O alquilar películas de autor, en formato VHS, en el club de video que funcionaba ahí.

La librería tuvo muchas épocas, pero siempre ejerció en los visitantes un atractivo al que no se podía ser indiferente. En parte, por las vitrinas que cada mes, durante 19 años, hizo el artista plástico y escenógrafo Jesús Barrios, por encargo



de María Teresa Castillo, fundadora del Ateneo. En escasos dos metros cuadrados cabía su interpretación del país y del mundo.

Creó las más alucinadas puestas en escena y vitrinas vivientes con libertad absoluta. Yo misma puedo decir que viví esa experiencia en primera persona: Jesús me pidió que hiciera una performance vestida con un largo vestido y maquillada como monstruo. Durante cuatro horas estuve improvisando acciones dentro de la «vitrina». Nunca olvidaré la enorme cantidad de gente que me acompañó desde el otro lado del vidrio.

Entre sus creaciones, será recordada la polémica virgen desnuda o aquel ejército de ratas que se comía un queso con la forma del mapa de Venezuela envuelto en la bandera. Crítica social, política o religiosa, todo tenía lugar allí.

En la entrada había un enorme exhibidor, de piso a techo, con decenas de revistas y periódicos importados y nacionales: publicaciones memorables como *Encuadre*, *La Revista Nacional de Cultura*, *Entre rayas*, *Papeles*, así como muchas otras.

El Ateneo fue el epicentro de la cultura capitalina y el aporte en sus 90 años de existencia es incommensurable. En ese edificio —Premio Nacional de Arquitectura en 1979— se concentraba lo mejor de lo mejor: aulas para talleres; salas de teatro (Anna Julia Rojas y Horacio Peterson); sala de conciertos y de cine (Margot Benacerraf). Aparte, acogía a la Galería de los Espacios Cálidos, y el Espacio Balzac, donde reinaba imponente la pieza cumbre de Auguste Rodin.

Ir a la Librería del Ateneo resultaba ser una experiencia que abarcaba todas las expresiones del arte. No creo que existiera en Venezuela otra con ese encanto.



# LIBrería LUGAR COMÚN

POR Roxana De Leo / ILUSTRACIÓN Manuel Lara

Desde afuera parecía una pecera. Sus grandes cristales dejaban ver a los que estaban dentro, quienes iban de un lado a otro con una taza llena de café o cerveza, dependiendo más del libro que llevaban en la otra mano que de la hora del día.

Aquella pecera, que había sido decorada con estanterías abarrotadas de libros, resultaba ser un refugio. Allí dentro había más que una simple venta de libros. Algo tenía ese lugar que te hacía titubear por un segundo, como si entrar en él era violar cierta intimidad. Y cómo no. En su interior, siempre se podían ver grupos de personas conversando con la naturalidad que da el estar en un espacio que asumes como tuyo.

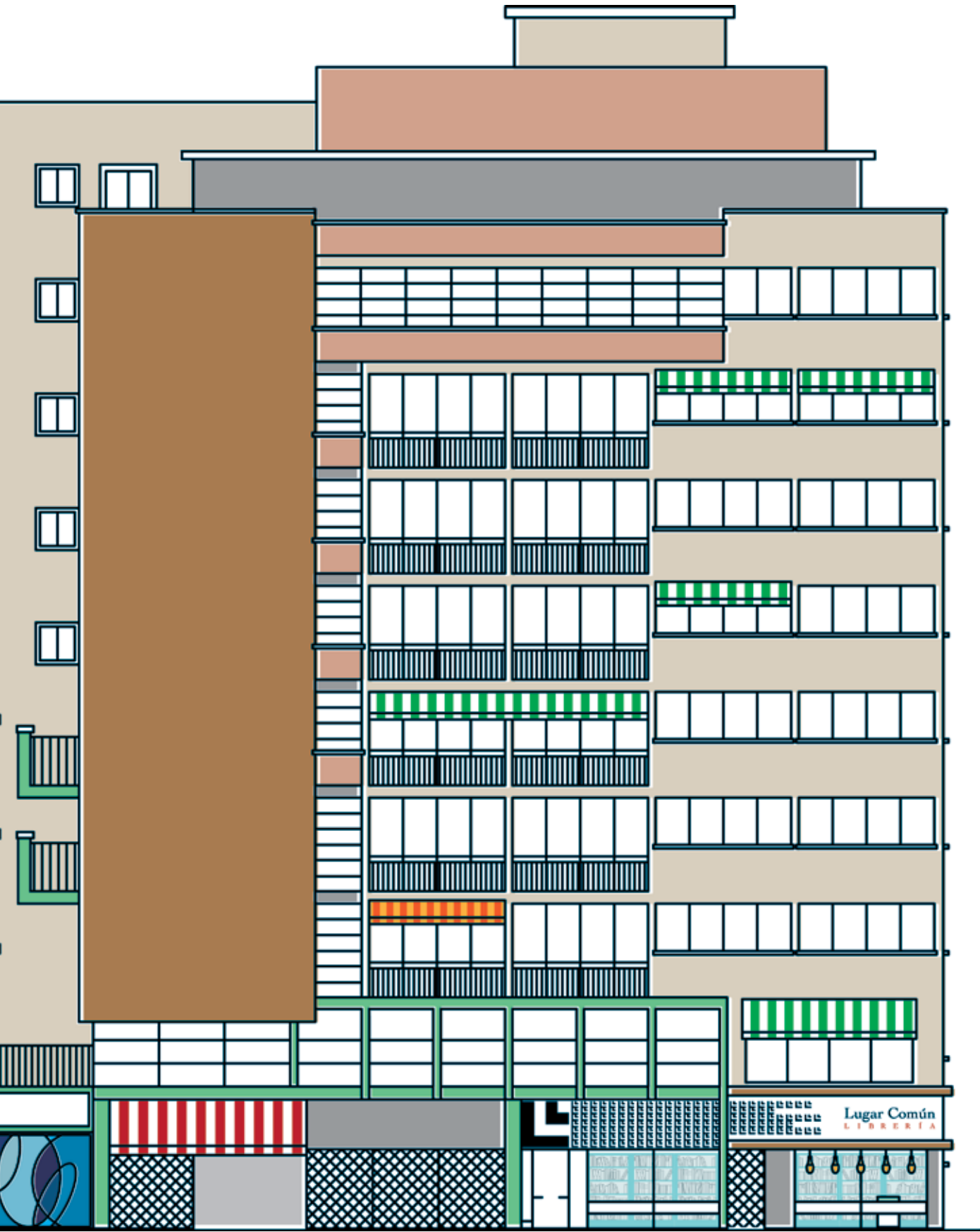
Así, podías reconocer a María Fernanda Palacios sentada en un sillón junto a Rafael Cadenas, moviendo las manos con sutiles gestos hacia arriba, como si intentara explicar la inmortalidad de los poetas. Más al centro, al lado del cartel que exponía las actividades de la semana, lograbas divisar a Héctor Torres verificando las fechas de sus próximos talleres en los que, junto con los futuros cronistas de la ciudad, creaban caleidoscopios de Caracas.

Pero al cruzar la puerta, el segundo de duda se diluía con la cálida bienvenida de los que mantenían el fuerte. Libreros que a diario creaban puentes entre la cultura y las personas que se zambullían en dicho oasis.

La librería en poco tiempo conquistó la esquina donde se cruza la avenida Francisco de Miranda con la avenida Del Ávila y se arraigó en el corazón de Humboldt que, macizo y altivo, mira hacia Altamira. Y como si se tratase de un juego de mesa donde las pequeñas figuras intentan replicar y darle vida a antiguos héroes, las leyendas de hormigón permanecen sin importar el tiempo ni cuántas veces cambien las reglas. Resisten para recordarnos que existía allí una pecera poco común. Lugar que se vació unos años atrás, pero que se mantiene en el recuerdo de todos los que tuvimos la oportunidad de sumergirnos en ella.







➤ AÑO DE CIERRE: 2018 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización Altamira, avenida del Ávila con avenida Francisco de Miranda, diagonal a la plaza Francia, edificio Humboldt, planta baja, Municipio Chacao, Caracas /

GEOLOCALIZACIÓN: [10.4952401-66.848420](tel:0495240166848420)

# LIBRERÍA NOCTUA

POR Michelle Roche Rodríguez / ILUSTRACIÓN Benjamín Infante



¿Un templo para la lectura en Caracas? Hacia allá me enfilé un día de 2008 cuando volví de estudiar en el extranjero. Más que libros, me interesaba la fama de la Librería Noctua como centro de divulgación cultural. El lugar tenía la hechura de los santuarios griegos. Nomás llegar a la transitada Villa Mediterránea del Centro Plaza se veía un triángulo negro invertido entre dos círculos: los ojos y la nariz de un búho, el ave de la diosa Atenea. El símbolo brotaba entre tiendas de ropa circunscrito a un frontón debajo del cual una vitrina llena de publicaciones sustituía a las columnas dóricas o jónicas.

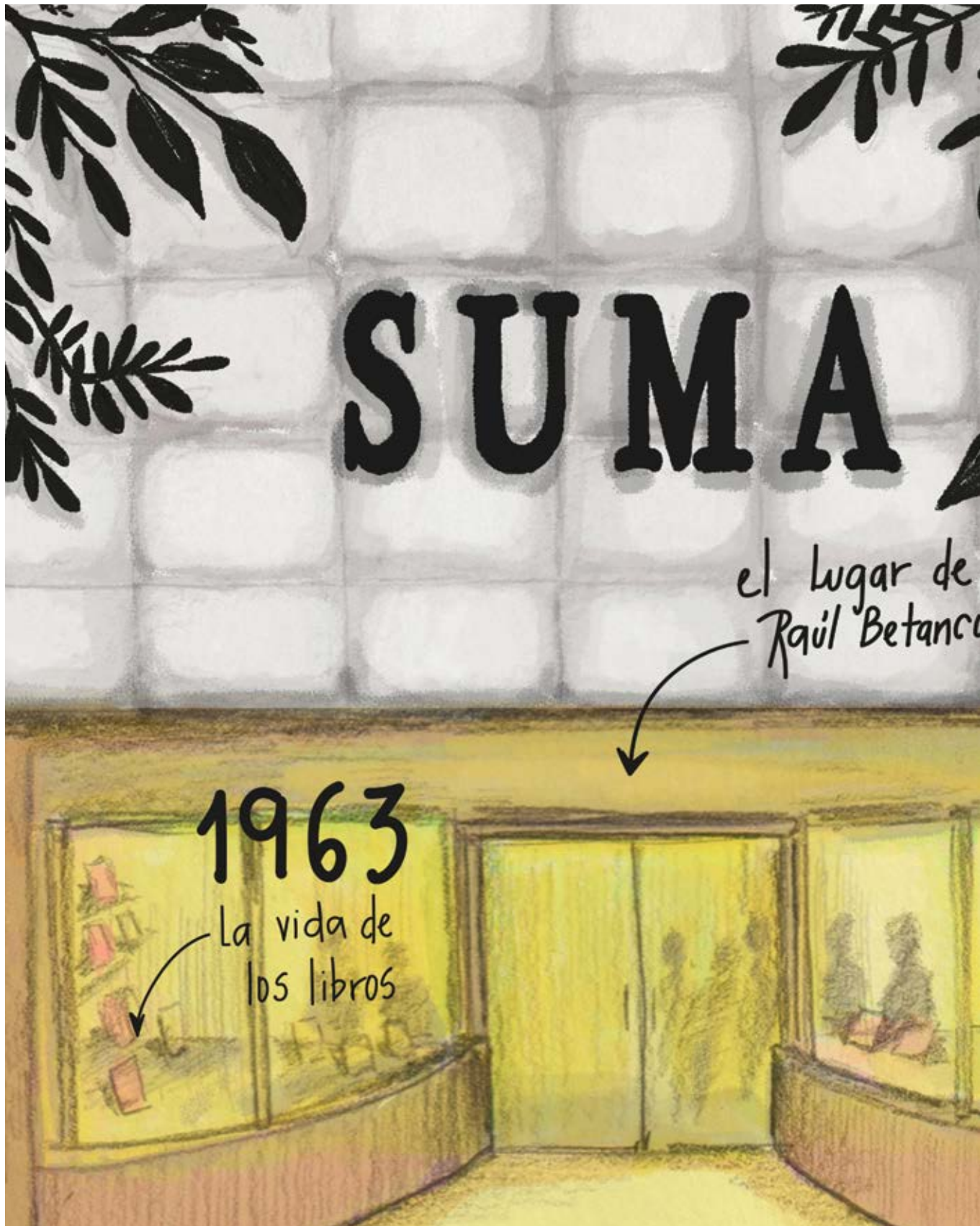
Examinaba las mesas de libros cuando Andrés Boersner me advirtió que debido al control cambiario era difícil la importación. Sonreí: la librería fundada en 1978 nunca estuvo sujeta a modas ni sus librereros se interesaban por los superventas. La entusiasta búsqueda del saber que promovió el florecimiento de la cultura griega también les impulsaba a ellos, al menos desde 1984, cuando Boersner la compró con su esposa Magdalena, su hermana Juliana y su cuñado, Nikolai Herrera. Noctua sobrevivió a la bancarrota declarada en 1991, a crisis económicas periódicas y a varias inundaciones. Lo único imposible de remontar fue la muerte de Nikolai. Hasta 2019, él fue la otra cara visible de la pasión humanista de cuatro personas contagiada a los lectores.

Las novedades no hicieron falta en aquellas mesas de 2008 ni durante la década siguiente. Poetas, narradores y ensayistas nacionales de alta factura convivían en ese lugar con los clásicos del pensamiento, un ágora de libros. En sus mesas se testificaba la capacidad de adaptación criolla, que, ante las dificultades para ofrecer a los lectores diversidad de firmas extranjeras, apelaban a obras atemporales. Caracas podía estar lejos de las grandes editoriales o aislada del desarrollo cultural latinoamericano, pero su capacidad de razonar no estaba entorpecida, no si los búhos de Noctua podían evitarlo.





➤ AÑO DE CIERRE: 2018 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización Sabana Grande, bulevar de Sabana Grande con calle El Colegio, Municipio Libertador, Caracas / GEOLOCALIZACIÓN: [10.495500, -66.880333](https://www.google.com/maps/place/455+Caracas,+Venezuela/@10.495500,-66.880333)



# LIBrería suma

por Betty Hernández / ILUSTRACIÓN Ana Brett

La primera vez que compré un libro con mi dinero fue en la Librería Suma. En realidad, «mi dinero» era el resultado de lo que ahorré, durante un buen tiempo, de la mesada que me daban mis padres. Lo tuve claro desde el principio: cada billete que guardaba en la gaveta de la mesa de noche estaba destinado para *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez.

La curiosidad por saber dónde quedaba Macondo o qué era eso del realismo mágico se convirtió en una de las razones para iniciar el plan de ahorro. La otra, conocer ese lugar luminoso de libros que siempre veía cuando paseaba con mi mamá por Sabana Grande y que estaba anclado en ese boulevard desde 1944.

Recuerdo que podía quedarme parada frente a las vitrinas por largo rato, como hipnotizada, hasta que un «¡vamos, Betty!» me sacaba del absorto. Un día —tendría 6 o 7 años— le pregunté por qué la librería se llamaba Suma. «Porque cuando lees algo nuevo entra en tu cabecita y nunca más sale de ella». ¡Larga vida para las madres!

Cuando reuní la cantidad suficiente para comprar la novela, me fui a la Librería Suma un sábado por la mañana. Sentí que era una adulta con apenas 16 años. Al entrar me pareció que todo en ese lugar era una fiesta: mesones atestados de grandes clásicos, libros que borboteaban de los estantes, gente que se saludaba con afecto; la fantasía y la realidad convivían bajo el mismo techo. Encontré al «Gabo» en uno de los mesones y con la emoción al máximo agarré el libro y lo apreté contra mí. «¡Me lo llevo!», le dije a la persona que estaba en la caja.

Salí desesperada, con el libro dentro de una bolsa, directo al Gran Café. Necesitaba manosearlo. Sentarme donde alguna vez también lo hiciera el propio Gabriel García Márquez. Pedí un café con leche y cuando leí las primeras líneas de *Cien años de soledad*, sentí que siempre recordaría aquel sábado remoto en el que Suma me llevó a conocer Macondo.



# Metro De Caracas

POR Gabriela La Rosa / ILUSTRACIÓN Manuel Lara

Lo que quedó atrás es nubloso, pero yo intento definirlo todo el tiempo. Quiero contener lo que he tenido que dejar, ser capaz de limitar la grieta y al mismo tiempo seguir extendiéndome.

I.  
El metro se inauguró en enero de 1983.

Inició con un trayecto de Propatria a Chacaíto, para expandirse después desde Caricuao al oeste y Petare al este.

Hubo proyectos para que conectara con otras ciudades, pero quedaron en cimientos.

II.  
Mi madre habla del metro como si fuese un salón, un espacio limpio, iluminado, en el que la gente susurraba.





Mis primeros recuerdos del metro lo asocian con un animal infinito.

Mi tía dice que hay que evitar el metro.

III.

El metro es mi lugar favorito para no estar en ningún lado.

IV.

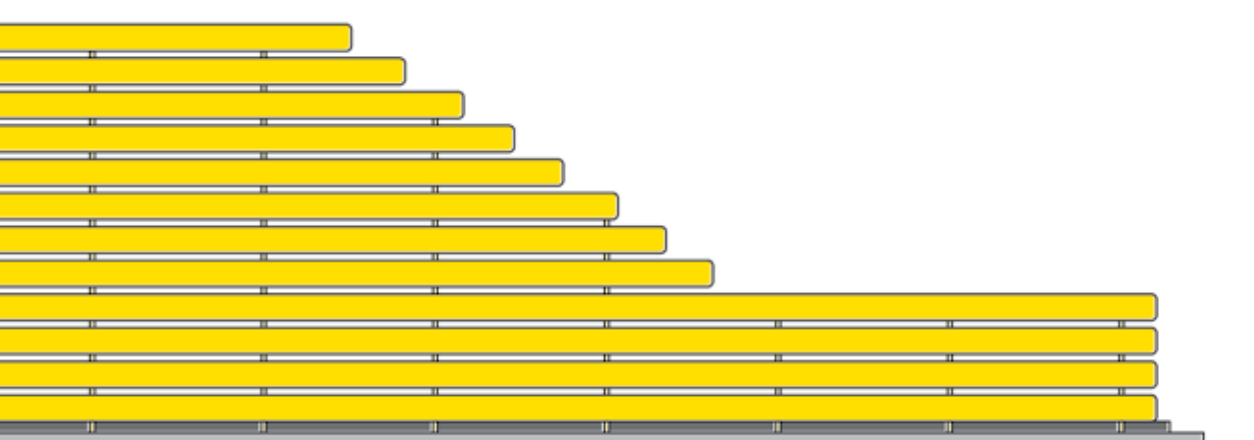
Olvidé el sonido del metro al irse, recuerdo la sensación que dejaba el sonido. El rastro de lo posible.

En el metro viví mi primera fiebre de lectura. Caminaba pensando en otro final para el libro que llevaba en las manos, veía a los personajes, les armaba otra vida. En las estaciones oscuras, tibias y conglomeradas quería leer pero no podía.

En las transferencias, me movía la urgencia de llegar al vagón, no porque quisiera alcanzar una estación sino porque quería tener un puesto. Estar sentada, leyendo, ha sido el momento más parecido a la meditación.

Las conversaciones de los demás eran borrosas, mis acompañantes eran la luz y la voz que anunciaba las estaciones. A veces, miraba a mi alrededor queriendo descifrar el final de un chisme que no tenía que ver conmigo y otras midiendo las distancias, preguntándome si eran suficientes.

Hablo de una ensoñación. No recuerdo la ruta que tomé a diario por cinco años, tengo que abrir cuadernos, buscar en internet. El vacío detrás de mí es cada vez más extenso, no hay si no para adelante. Al fondo brilla un asiento amarillo y el piso se mueve.



# PASEO DE LA FAMA AMADOR BENDAYÁN

POR Erick Lezama / ILUSTRACIÓN Hector Do Nascimento

Me gustaba ver las ediciones de Sábado Sensacional en las que los artistas develaban estrellas en el Paseo de la Fama Amador Bendayán. Los famosos estampaban sus rúbricas en cemento fresco; mientras sonaba, solemne, la marcha de Venevisión. Después, los recibían en el estudio con toda la pompa. Era como el máximo honor que podían hacerle a actores, cantantes, bailarines, animadores... Yo tenía 8 o 9 años y pensaba que ese Paseo de la Fama era como el de Hollywood. Quizá por eso, durante un tiempo, fastidié a mi madre para que fuéramos a conocerlo.

Nunca me hizo caso. Ahora, décadas después, estoy aquí. La imaginación de los niños es demasiado frondosa, me digo, parado en esta discreta isla de concreto ubicada detrás del parque Los Caobos de Caracas. No encuentro mayor encanto —un árbol de copa espesa, vegetación descuidada—, pero la recorro con emoción viendo los rastros de la industria del espectáculo de un país pujante del que yo recuerdo muy poco.

Veo las firmas de Amador Bendayán, Celia Cruz, Simón Díaz, José Luis Rodríguez, Oscar D'León, Mirla Castellanos, Olga Guillot, Yolanda Moreno, Andrés Galarraga, Delia Fiallo, José José, Renato Capriles, Hugo Blanco, Jorge Tuero, Thalía, Julio Iglesias, Olga Tañón, Raphael, el Conde del Guácharo, Ricardo Peña, Karina, Eva Blanco, Osmel Sousa, Lila Morillo, Guaco, Carmen

Victoria Pérez, Gilberto Correa y Daniel Sarcos. Tantas figuras descollantes pasaron por este rinconcito desangelado.

En el centro, hay un busto sin placa que, doy por sentado, es de Amador Bendayán. Me pregunto quién fue; por qué pusieron estrellas a sus pies. Leo que fue un ícono del entretenimiento. Actor, locutor, animador. Condujo Sábado Sensacional en una época de oro. Cuando la diabetes que padecía se complicó, comenzó a faltar al programa sabatino. Al volver, lo recibían con un *jingle* que decía: «Ánimo, Amador... Ánimo, Amador».

Por aquel entonces, promovía la creación de una Casa del Artista para fortalecer, promocionar y proteger el trabajo de los creadores. Y logró que fuera fundada en 1987, mediante decreto presidencial. Amador la presidió por dos años hasta que debió dejar el cargo por sus problemas de salud. Cuando él murió, en 1989, fue velado en esa casa, entre homenajes de gente común que le profesaba mucho cariño.

Al año siguiente, el bulevar que está a las afueras dejó de llamarse Santa Rosa y, en su honor, fue nombrado Amador Bendayán. Y en 1995, al final de ese pasaje, Venevisión se dispuso a levantar este Paseo de la Fama para reconocer a artistas nacionales e internacionales. No sé si la idea era que estuviera lleno de estrellas, pero lo cierto es que no son tantas: apenas hay 31.





¿No faltarían unas cuantas? ¿No hay otros que merecen estar aquí? En todo caso, las que están dan cuenta del país que fuimos. Ese que vi en la televisión cuando era un niño y del que recuerdo poco, casi nada.



CARACAS 455: MEMORIAS DE UNA CIUDAD PERDIDA

# café RAJATABLA

POR Carlos «Caque» Armas / ILUSTRACIÓN Pablo Iranzo



Un estrecho callejón —ubicado entre el antiguo Ateneo de Caracas y el Teatro Teresa Carreño— te llevaba a una terraza adornada con viejos carteles de teatro, al fondo la barra con las cervezas al mejor precio de la ciudad y, en el centro, una pista de cemento al aire libre para pulir la hebilla hasta la madrugada. A primera vista no había nada en la decoración de aquel lugar que lo hiciera memorable, lo que hacía especial al Café Rajatabla era la gente que lo frecuentaba.

Sin códigos de vestimenta, sin *cover* de entrada, sin condiciones, todo el mundo era bienvenido. Ejecutivos compartían pista con artesanos, punketos, salseros, hippies e intelectuales en un ambiente sin espacio para la división. Era el sitio más plural del que tengo memoria y, para quienes vivíamos en el oeste, la mejor y más cercana de las opciones para gozar de la noche en los años ochenta y noventa.

El Festival Internacional de Teatro y el Festival Nuevas Bandas dispararon su popularidad y le legaron sus rumbas más recordadas. Performance, toques de bandas y bailongo... No había remedio, si cruzabas el umbral, lo más probable era que te toparas con algún evento o conocido y la promesa de ir «solo un ratico» se esfumaba.

Cuenta la leyenda que a las 3:00 de la madrugada sonaba el *Alma Llanera* y aparecía el actor Pedro Pineda, encargado del café, desenfundando un machete y diciendo: «¡Buenas noches, mis señores / Yo me llamo Pedro Antonio / y les pido, por favor / que se me vayan pa'l coño!». Yo no tengo recuerdo de esta imagen, pero tampoco dudas de que así fuera. La magia y la especulación siempre fueron los mejores amigos del Rajatabla.





# café OLÉ

POR José Luis Ávila / ILUSTRACIÓN Carlos Carreño





Las Mercedes siempre me pareció de las zonas más bellas de Caracas. Su otrora esplendorosa avenida principal, coronada al fondo con la imagen del Hotel Tamanaco; sus pequeños tesoros arquitectónicos residenciales —hoy muchos en riesgo o demolidos por el cambio de la ordenanza municipal—, y su nunca explotada potencialidad peatonal, la convierten en una de las joyas de la capital.

Ahí, en la calle California, abrió sus puertas Café Olé en 1996, con el concepto de un local de sándwiches y ensaladas *self-service*; sin embargo, la distinguida clientela no tardó en rechazar las bandejas de autoservicio para pedir la presencia de mesoneros.

Con el paso del tiempo, el proyecto amplió sus espacios dentro de aquella casa de estilo neovasco y renovó su oferta gastronómica, hasta lograr que la ensalada de manzana y la crepe de queso brie aún perduren en la memoria gustativa de sus comensales.

Su ubicación privilegiada —a solo unos pasos de las *boutiques* Casa Blanca, Clement y Mayela Camacho— y su cercanía con los vecindarios de clase alta del sureste, lo catalogaron como el café de la élite.

«La gente prefería sentarse en las mesas contiguas al estacionamiento porque al venezolano le gusta que lo vean», asegura Michel Stauffer, socio fundador. Vehículos Mercedes Benz, BMW y Porsche se aparcaban en la entrada, mientras en sus espacios hacían vida altos personajes del mundo empresarial, político y la farándula nacional.

También artistas internacionales, como los integrantes de la banda de rock mexicana Maná, no se fueron de Caracas sin probar la famosa torta Olé y saludar al personal de cocina. «Nuestros clientes aseguraban que Café Olé fue siempre un buen lugar para hacer negocios, confesiones, cerrar ventas o hacer entrevistas de trabajo», comenta Carlos Capaldo, socio del proyecto.

Se vendían más de 500 tazas de café al día y los domingos eran necesarias hasta seis cajas de huevos (con 365 unidades cada una) para satisfacer la demanda de los desayunos. Aunque nunca faltaban los «chupa hielos» que solo ordenaban una bebida para permanecer horas en el lugar y ver a quién pescaban.

Otros vecinos que lo tenían de cafetín particular eran los de la emisora 92.9 FM y la Compañía Anónima Venezolana de Industrias Militares (CAVIM). De hecho, fue la alta presencia de personajes opositores en el lugar lo que encendió los rumores de que las cámaras del local habían sido pinchadas para espiar al adversario.

A comienzos de 2021, este condominio que abanderó la revolución de la torta *crunch* de chocolate dijo adiós, pero dejando un dulce recuerdo entre los que lo frecuentaban.



➤ AÑO DE CIERRE: 2011 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización Los Palos Grandes,  
avenida Andres Bello, edificio Atlantic, planta baja, Municipio Chacao, Caracas /  
GEOLOCALIZACIÓN: [10.497202450582694, -66.84557740181837](https://www.google.com/maps/place/455+Caracas,+Venezuela/@23.000000,-86.845577,15z)



# CAFÉ ATLANTIQUE

POR Jonathan Gutiérrez / ILUSTRACIÓN Eddymir Briceño

Caracas es una ciudad de contrastes. Tan solo dos semanas después de los sucesos de abril de 2002, en un contexto de agitación social y política, abrió sus puertas el Café Atlantique, en Los Palos Grandes: un restaurante tipo bistró, de ambiente sofisticado, que se convirtió en referencia de la gastronomía y la rumba durante más de una década.

Juan Carlos Pérez Febres, arquitecto, y Jonás Millán, matemático —dos jóvenes que para entonces tenían 26 y 23 años—, fueron los socios que emprendieron esta aventura en la planta baja de una joya arquitectónica de la ciudad, el Edificio Atlantic, diseñado por el italiano Angelo Di Sapia y construido en 1957. El arquitecto Alejandro Barrios se encargó de adaptar un bar, un *lounge* y un comedor de vanguardia con un mobiliario de diseño con piezas icónicas de Arne Jacobsen, Fritz Hansen y Harry Bertoina.

En el día era un café tranquilo. Al poeta Eugenio Montejo, vecino del barrio, se le podía ver sentado en una de las mesas. Al mediodía acudían embajadores y empresarios para almorzar algún plato del menú ejecutivo, elaborado por el chef francés Laurent Cantineaux. Incluía, entre otras opciones, crema de caraoas rojas con vino tinto, lardons y espuma de ajo. En la noche, el Café Atlantique se transformaba en un animado bar en el que se servían tragos sobre una barra de tope azul luminoso, obra del escultor Marcos Salazar.

El actor Edgar Ramírez y el director Gustavo Dudamel eran habituales visitantes. Por ahí pasaron la modelo Naomi Campbell, el cantautor uruguayo ganador del Oscar, Jorge Drexler, el músico brasileño Caetano Veloso, y rumbeó hasta el amanecer el actor Wilmer Valderrama, quien interpretaba a Fez en la serie de televisión *That '70s Show*.

—Pasada la medianoche allí ocurre la mejor rumba de la ciudad. Es un sitio de sincretismo, fiesta, ligue y goce. Allí convergen la bohemia, la élite sífrina caraqueña y la intelectualidad —comentó el arquitecto William Niño en *Las noches de Caracas*, un reportaje sobre la cultura urbana de la ciudad, publicado en la revista *Dmente*, y escrito por su editor, el periodista Eric Colón.

Este fue un recinto que hizo a Caracas una urbe aún más cosmopolita. Fue una experiencia compartida de continuo disfrute que se gozó mientras duró.





# EL Maní ES ASÍ

POR Erick Lezama / ILUSTRACIÓN María Carolina Izquierdo

El hombre con el que se iba a casar llegó un día, muy serio, y le dijo que no habría boda, que no la amaba y que el noviazgo que tenían desde hacía siete años no podía continuar. Camila Monasterios llevaba meses tirada en la cama, escuchando boleros y sintiéndose rota por dentro. Sus amigas la acompañaban bebiendo vino. «Chama, él se lo pierde», le decían. Hasta que una de ellas la convenció de que era hora de sacudirse el guayabo y salir a echar un pie. Se maquillaron, se pusieron tacones y se fueron a un local, ubicado en avenida Francisco Solano con calle El Cristo, llamado El Maní es Así.

En algún momento un hombre sacó a bailar a Camila. Después le invitó un trago. Le pidió que le concediera otra pieza. Hablaron mucho. Le dijo que se llamaba Javier, que era abogado, que ella bailaba muy bien, que era guapa. Camila se sintió a gusto moviéndose entre sus brazos. Pasó el domingo, enratonada, hablando con él por mensajes de texto. Él la invitó de nuevo a El Maní. Ella aceptó, sospechando que era cierto el dicho que reza que un clavo saca a otro clavo.

Seis meses después se hicieron novios. Y al año siguiente, en 2006, también en El Maní, le pidió matrimonio. Con el repique de los timbales y las congas, ella le dijo que sí. Brindaron con Cuba Libre. Se casaron al tiempo y celebraron, con guaguancó, en esa pista de baile en la que se fraguó su amor. En ese lugar que abrió sus puertas en 1986 como un local de comida venezolana y que después se transformó en un sitio exclusivo para bailar.

Por allí pasaron luminarias como Ismael Rivera, Héctor Lavoe, Willie Colón, Tito Puente, Celia Cruz, Rubén Blades, Oscar D'León, Pete «Conde» Rodríguez, José Alberto «El Canario», Ray Barreto, Eddie y Charlie Palmieri, Cheo Feliciano... No en vano comenzó a ser conocido como «el templo de la salsa».

En su vida de casados, Camila y Javier siguieron yendo a El Maní. Vieron cómo las cosas cambiaron: el logo, la decoración, hasta los dueños. En 2008, se despidieron de Perla, «el alma de la fiesta», la propietaria que, según un rumor, vendió el sitio por una jugosa cantidad que le ofreció un hombre cercano al gobierno, (nunca supieron si fue cierto).

La vibra de El Maní, entonces, fue otra. Camila y Javier limitaron sus salidas nocturnas: iban con menos frecuencia. Hasta que en 2013 migraron a México buscando oportunidades que el país ya no podía ofrecerles. Y allí siguen. Les ha ido bien. En un rincón de su apartamento hay muchas fotos de Venezuela. Recuerdos que los devuelven a su tierra. Algunas imágenes que atesoran son de momentos que vivieron en El Maní.

Rafa, su hijo de 10 años, conoce la historia de sus padres y a veces se ríe diciendo que todo ocurrió «en un *cacahuete* que queda en Caracas». Que quedaba, en verdad, porque desde 2014 esa fiesta perpetua se extinguió. Ahora —un viernes de 2022 por la noche— alguien le pregunta a un transeúnte de la calle El Cristo cuál es El Maní. Este le señala una casa de paredes llenas de moho y dice: «Ahí, donde todo está apagado, era donde la rumba se prendía».







# La Frasca de Toledo

POR Gerardo Guarache Ocque / ILUSTRACIÓN Yonel Hernández





La fachada tenía aspecto de antro, de antesala de negocio turbio. Su puerta rústica y su letrero pequeño no prometían nada. Uno entraba porque quería. Entraba, con la valentía del curioso, porque necesitaba comprobar si era realidad o fantasía lo que se decía.

A simple vista, era un bar ordinario. Podría ser cualquiera de los 53 locales que compiló la Embajada de España en su *Guía de restaurantes españoles en Caracas* (2015), donde se apuntó que esta capital era una de las ciudades con más tascas de herencia ibérica en el mundo. Sin embargo, pasada la medianoche, La Frasca mutaba.

Los duendes llegaban de madrugada. Las formas se definían entre las escasas luces rojizas. El cajón peruano seducía a las bailaoras. La guitarra creaba el ambiente para el cante jondo. Sonaba el taconeo y se destapaba la rumba. Empezaba la noche su *soleá* por bulerías, mientras en un pasillo se mezclaba talento y público, camareros y comensales; todos juntos, todos enérgicos, todos libres.

Aunque llevaba a Toledo en el apellido, desde la óptica simplificada transoceánica no sabríamos distinguir los matices gatidianos, sevillanos, granadinos o almerienses. Pero el espíritu del lugar conducía al sur de la península ibérica, a esas tierras que por casi ocho siglos estuvieron bajo dominio árabe y donde el flamenco transporta notas ambiguas que no están ni en las teclas blancas ni en las negras del piano.

La Frasca era como el *after party* de otra gala presuntuosa. El rostro de Dorian Gray en el cuadro. No importaban sus fotos viejas, su estética demodé, sus paredes desconchadas. No era un escenario pop, sino la farra de verdad, sumergida en vino, con esencia de chistorras y repique de castañuelas.

Una corriente invisible te mantenía dentro. Cuando lograbas poner un pie fuera, ya era de día. Caracas amanecida. Uno contrastaba con los transeúntes frescos de la calle El Mirador de La Campiña. El sol nos castigaba como a vampiros desorientados, y todo lo ocurrido en las últimas horas pasaba al terreno del mito.



➤ AÑO DE CIERRE: 2020 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización Las Mercedes, avenida Orinoco  
entre calle Perijá y Mucuchies, Torre D&D, Municipio Baruta, Caracas /  
GEOLOCALIZACIÓN: [10.480948336981045, -66.86317153992269](https://www.google.com/maps/place/10.480948336981045,-66.86317153992269)



# EL Teatro Bar

POR Ricardo Del Bufalo / ILUSTRACIÓN Carlos Carreño

En 2008, descubrí en YouTube a un caraqueño que hacía *stand-up comedy* en Venezuela, en un escenario con telón rojo de fondo. Aquel desconocido era Led Varela, uno de los comediantes más reconocidos de una generación que nació en El Teatro Bar.

Ever Romero, uno de los socios del local, cuenta que el *stand-up* caraqueño nació por idea de George Harris, en otro espacio de su propiedad llamado En Vivo. «Él me hizo la propuesta de hacer una especie de escena teatral basada en la comedia americana de los años 70, pero yo estaba escéptico y le dije que le daba los lunes».

En Vivo cerró en 2007 y ese mismo año abrieron El Teatro Bar en un semisótano del edificio D & D, en la avenida Orinoco de Las Mercedes. «Teatro Bar será recordado por el público por ser inusual, atrevido y *sui generis*», cuenta Harris. «Sé que mis compañeros comediantes agradecen haber pasado por esa tarima. En mi caso, fue esencial: un antes y un después».

Para mí también, debo reconocer. Ahí fue mi primer show. Le escribí a George por Twitter y, sin conocerme, me dio una fecha y un mes después estaba en el escenario. Viajé de Barquisimeto en una cola y logré

mi gran meta: que no se me olvidara mi rutina. Pero no alcancé otra: hacerlos reír. Por fortuna, con el tiempo mejoré.

Lo cierto es que no todo era comedia en El Teatro Bar. «De las cosas más atinadas era que cada día tenía un estilo», comenta Nadia María, quien también fue presentadora de Micrófono Abierto. «Los martes de Karaoke Rock Band, miércoles de salsa brava, jueves de electrónica o toques, y, por último, viernes y sábado de rumba siempre a dos ambientes».

Era un espacio de creación. Y así quedó demostrado el 29 de marzo de 2019 con un acto de resistencia creativa. Gabo Ruiz, junto con varios comediantes, presentaron «No nos vamos a rendir», a la luz de los celulares, luego del peor apagón de la historia de Venezuela. «El Teatro Bar tenía un lema: 'Reír es Sano, Rumbear es Sano'», recuerda Nayby Meneses, quien fuera su administradora entre 2017 y 2020. «Y eso fue lo que hicimos aquella noche».



# La 92.9

POR **Andrés Kerese** / ILUSTRACIÓN **Luis Bonilla**

A comienzos de los años noventa, cuando Caracas estaba abarrotada y la gente pasaba horas metida dentro del carro, la 92.9 comenzó como una emisora para el adulto contemporáneo. En ese tiempo, ni lo adulto ni lo contemporáneo llamaban la atención. Por fortuna, desde su inicio hubo dos programas que salieron de ese molde: *Rockadencia* y *Level Ninety Two*.

*Level Ninety Two*, con Tony Escobar, tenía una onda *dance* y *Rockadencia*, con Fernando Ces y Guillermo Zambrano, un estilo irreverente. Hasta que los directivos de la emisora, Arnaldo Salazar y Germán Pérez Naím, entendieron que era necesario un cambio y permitieron que los conductores de *Rockadencia* se encargaran de la parte creativa de la radio.

Desde entonces, Nirvana y Pearl Jam comenzaron a sonar en la programación regular. Se crearon programas que propusieron una nueva manera de hacer radio: *El monstruo de la mañana*, con Luis Chataing; *La radio pirata*, con Horacio Blanco y Caplis, de Desorden Público; *El zoológico*, con Carmen Cecilia Limardo, Nelson Matamoros y Antonio Castillo; y *Último round*, por donde pasaron Enrique Lazo, Érika de la Vega, Ana María Simón y Mariela Celis.

Se iniciaron campañas de *branding*. *La cápsula radiactiva*, la unidad móvil de la 92.9 salía a la calle a regalar las famosas calcomanías con el logo verde y fucsia de la radio. Nacieron eslóganes como 100 % libre de gaitas, que se repetían durante todo el día. También los pegajosos *jingles* que se escribían en Caracas, pero que producían e interpretaban desde Los Ángeles los sobrevivientes de la agrupación Las Cuatro Monedas.

La radio de los 90 era tan interactiva que un día los locutores de *Rockadencia* solicitaron al aire el primer disco de Fito Paéz. Lo necesitaban para hacer un especial y al día siguiente apareció Juan Carlos Zambrano con el vinilo *Del 63* bajo el brazo. Esa noche se quedó viendo cómo funcionaba la emisora. Regresó y no dejó de ir más, hasta que se convirtió en operador.

Ese nuevo estilo de hacer radio llevó a la 92.9 a ser la emisora líder a escala nacional. Todos los que compartimos esa época aprendimos o experimentamos algo peculiar en la radio. A mí me sirvió para, una noche después de salir de *Rockadencia*, terminar comiendo parrilla en Abanca Mañon junto a Manu Chao.





➤ AÑO DE CIERRE: 2017 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización Las Mercedes, avenida Jalisco con calle Orinoco, edificio Recorland, Municipio Baruta, Caracas. / GEOLOCALIZACIÓN: [10.48386328627373,-66.86580055079779](https://www.google.com/maps/place/10.48386328627373,-66.86580055079779)

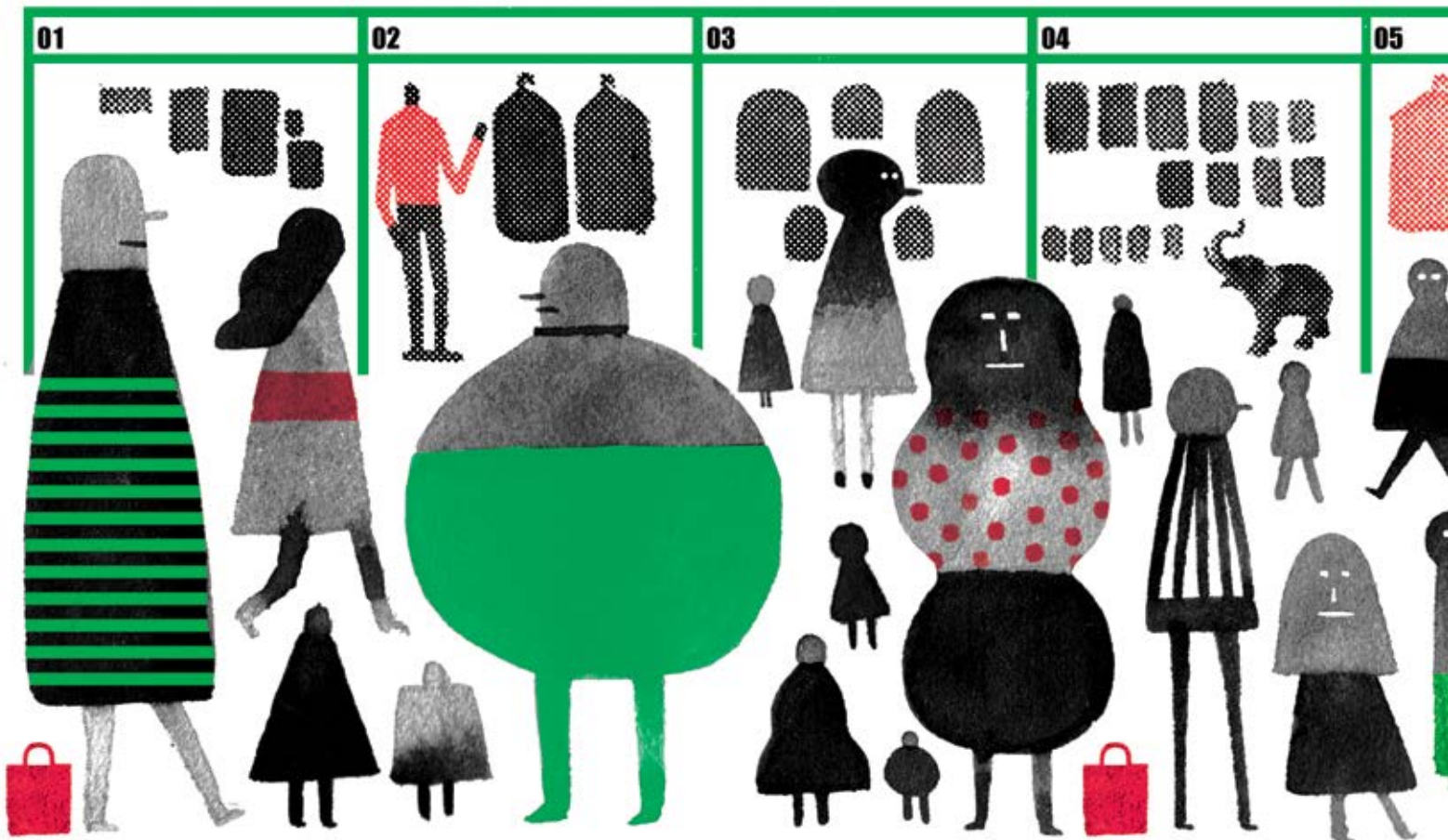


# Feria del Ateneo

POR Erick Lezama / ILUSTRACIÓN Yonel Hernández

Cristóbal Andrade tiene en su estudio un cuadro de El Ávila. No es muy grande —mide 30 x 10 centímetros— pero sí muy bello: es un lienzo en óleo que recoge los colores electrizantes de Caracas. Verde, amarillo... en el cielo azul hay una guacamaya roja con las alas abiertas. Cuando decidió emigrar a Madrid, en 2019, fue una de las primeras cosas que Cristóbal metió en su maleta. Y apenas acondicionó como oficina una habitación del piso que rentó, lo colgó en la pared.

Esa imagen de El Ávila se convirtió en el último regalo de Navidad que Cristóbal recibió de Rodrigo, su padre. Lo compró en la Feria del Ateneo, a donde la familia iba cada diciembre. Para los Andrade ir a esa feria y luego entrar a ver una función del Ballet El Cascanueces en el Teatro Teresa Carreño era un ritual. A la semana, cada uno volvía, por su cuenta, a comprar los obsequios que se entregaban al terminar la cena de Nochebuena.



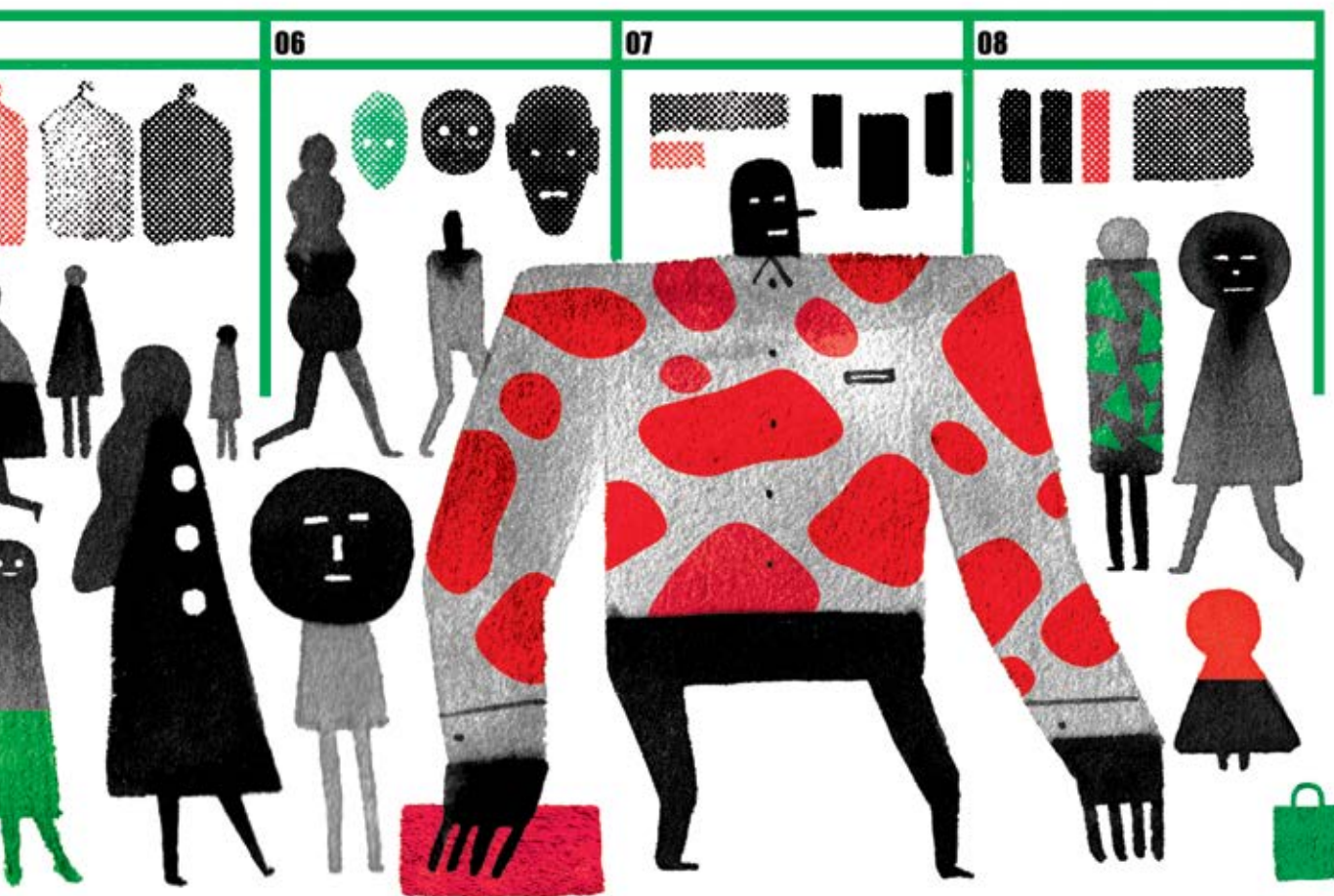


Cristóbal no recuerda desde cuándo comenzaron a ir a la Feria del Ateneo. Solo sabe que, al principio, Rodrigo y Lucía, sus padres, decidían la fecha de la visita; y después, cuando él y sus dos hermanos crecieron y se llenaron de ocupaciones, acordaban el día entre todos para que nadie faltara: hasta se llevaban a las novias para que se integraran a la familia.

La feria se convirtió en una tradición navideña en Caracas. Comenzó en 1984, en la antigua sede del Ateneo, ubicada al lado de la Plaza Morelos. Allí se daban cita emprendedores, nacionales e internacionales, que ofrecían sus productos: artesanía, bisutería, pintura, juguetes, ropa, cremas, perfumes... Se podía caminar por los stands escuchando gaitas y aguinaldos. Y si daba hambre, había mucho para escoger: tortas, galletas, hallacas, pan de jamón.

En 2009, el personal de El Ateneo tuvo que desalojar ese edificio. La feria se siguió haciendo en otros espacios de la ciudad. En 2013 se estableció en el Complejo Deportivo Parque Miranda. Y esa fue la última vez que los Andrade acudieron en familia. Después muchas cosas cambiaron. Para ellos, para el país. En 2019 Cristóbal migró. Le siguieron sus hermanos y sus padres. Tienen tres años que no se ven: se extrañan.

La feria volvió a realizarse en 2021, ahora en la nueva sede del Ateneo de Caracas, en Colina de Los Caobos. Los Andrade ni se enteraron. Y no les hizo falta. Cada uno lleva consigo algo de aquella tradición. En el caso de Cristóbal, ese cuadrito que tiene en su estudio y que ve a diario antes de sentarse a trabajar.





↗ AÑO DE ÚLTIMA EDICIÓN: 2012 /  
DIRECCIÓN FÍSICA: Evento itinerante en varios municipios de Caracas /  
GEOLOCALIZACIÓN: N/A





# FESTIVAL INTERNACIONAL DE TEATRO DE CARACAS

POR Carlos «Caque» Armas / ILUSTRACIÓN Benjamín Infante

Era junio de 1997. Caracas estaba a punto de convertirse en el «escenario del mundo» con la edición XI del Festival Internacional de Teatro. Sería mi primera inmersión y quería asistir a todas las obras. Pero las entradas a mitad de precio para estudiantes eran limitadas. Así que mis amigos y yo nos aventuramos a pasar la noche en las escaleras del Teatro Teresa Carreño para ver si teníamos suerte de conseguir algunos tickets durante el inicio de la preventa. No fuimos los únicos. Éramos cientos de personas, sin miedo ni hastío, los que compartimos las ganas de formar parte del mejor festival de teatro.

Cada edición ofrecía algo único y organizar la grilla para asistir a la mayor cantidad de eventos posible no era un problema menor. Desde insectos mecánicos alemanes del tamaño de edificios deambulando por Los Próceres, hasta obras experimentales, entre las que había una en donde actores brasileños tenían sexo en vivo. Lo juro. Si bien la espectacularidad y efectismo escénico solían ser componentes atractivos, nunca faltó el teatro de cámara más intenso. Deliramos con la energía y creatividad del grupo Galpao de Brasil,

la mandíbula nos llegó al suelo con los armatostes escenográficos de Australia y lloramos maravillados con el texto y los títeres canadienses de *El Cuento de la Oca*.

Uno sentía que viajaba por el mundo dentro de una ciudad que lucía fresca y transformada. Estabas temprano en Francia para luego pasar por Argentina o Japón y terminar el día en el Café Rajatabla para iniciar la tertulia y la fiesta hasta el amanecer. El festival nos llenó la memoria de referentes de altísimo nivel con lo mejor de los cinco continentes: Berliner Ensemble, Pina Bausch, Peter Brook, Norma Aleandro, Dario Fo, la Ópera de Pekín, Andrzej Wajda, Els Joglars, La Fura dels Baus... No importaba el idioma en el que se representaran las obras, todos nos volvíamos políglotas y entendidos en Chéjov o Strindberg, en un ambiente de entusiasmo contagiante que borraba fronteras, clases sociales y unía al público en el asombro, la emoción y el aplauso.



CARACAS 455: MEMORIAS DE UNA CIUDAD PERDIDA

# POR EL MEDIO DE LA CALLE

POR Adriana Romero / ILUSTRACIÓN Michael Zerpa



El arte tomando los espacios públicos y conviviendo por un día con los ciudadanos, convertidos en peatones. Ese fue el pregón de *Por El Medio de La Calle*, aquella tarde de abril de 2006, cuando se adueñó del casco central de Chacao con tres bandas musicales, cinco instalaciones artísticas y una docena de DJ.

Ni el equipo de Plátanoverde ni la entonces Fundación Cultural Chacao podían prever que estaban gestando lo que se convertiría, en tan solo un par de ediciones, en el mayor circuito público de cultura emergente de Venezuela.

¿Era como un museo? Sería un error decir que sí. No solo por lo medular del concepto urbano en esta experiencia, sino también porque la relación con el arte no era, para nada, en plan contemplativo. Se asemejaba más a una plataforma de expresión artística en la que el público disfrutaba e interactuaba, se nutría, inspiraba y era parte, en un sentido lúdico, de la actividad creadora.

Tampoco resultaba ser una experiencia estándar. Cada quien tenía su propia vivencia, porque hacía el recorrido a su gusto, escogiendo entre artistas o zonas temáticas. Era un detenerse aquí, apurarse hasta allá, comentar con los amigos con quienes ibas y algún otro que te encontrabas en el camino y se sumaba un par de calles a tu recorrido.

No faltaba un «¡Guao, qué arrecho!» al tropezarse con una propuesta que te sorprendía ni un «¡Qué increíble estar caminando a esta hora por la calle!», al caer en cuenta del inusitado disfrute peatonal de la nocturnidad citadina.

Pocas veces solía ser un plan solitario. Lo usual era ir en grupo o pareja, pero, así hubieras ido sin compañía, caminar por la zona el día del festival era un continuo ir y venir de abrazos con amigos en la calle, mientras compartían una cara distinta de la ciudad.

PEMDLC le huía al formato fijo. Prefería ser un organismo que mutaba en protagonistas, distribución, extensión o duración. Llegó a contar con más de 400 artistas, entre locales e invitados de países como España, Alemania, Reino Unido y Francia, exhibiendo sus performances en circuitos que sumaron hasta una centena de actividades por edición entre música en vivo, fotografía, danza, artes plásticas, audiovisuales e intervenciones urbanas.

Como todo ser vivo, nació, creció, se transformó, se multiplicó (en días y en germen para otros festivales) y murió, luego de su octava edición consecutiva y ante la inconveniencia de realizarlo en un año tan convulsionado como lo fue 2014 para Venezuela.

Este festival se convirtió en el sentimiento de ciudad posible, una inmersión colectiva en la cultura urbana, un encuentro con propuestas emergentes nacionales y de otras latitudes y una esperanzadora ilusión de convivencia entre ciudad, ciudadanos y arte, andando juntos por el medio de la calle.





# VIDEOCANAL LOULE

POR Eduardo Sánchez Rugeles / ILUSTRACIÓN Yonel Hernández

La tilde se cayó durante un aguacero. El edificio Loulé se convirtió en Loule. Los migrantes portugueses eran los únicos vecinos que sabían que el nombre del conjunto estaba inspirado en una ciudad del Algarve. La quincalla de la señora Julia Tavares de Dias quedaba en la planta baja, al lado del frigorífico. Su reinención a videoclub fue una aventura de su hijo Armindo Dias y de su esposa Eva Da Silva.

La aparición del Betamax representó un cambio de paradigma en la experiencia del ocio de los años

ochenta. El matrimonio Dias Da Silva, con más intuición que argumentos, decidió apostar por la creación de un negocio de vanguardia: el alquiler de cintas de video. Compraron alrededor de cuarenta películas. Las carátulas ocuparon una de las estanterías de la mercería, como un anexo a los servicios de costura que ofrecía la señora Julia.

El plan funcionó. Poco a poco, las películas desplazaron a las telas. Los vecinos de Santa Mónica y sus alrededores encontraron un lugar de culto. La pequeña quincalla de la calle Nicanor Bolet





Peraza sufrió una metamorfosis. Los jóvenes propietarios empapelaron las paredes con carteles de películas clásicas, construyeron un tobogán artesanal con el que agilizar los procesos de préstamo y cambiaron el nombre del local por el de Videocanal Loule, sin acento.

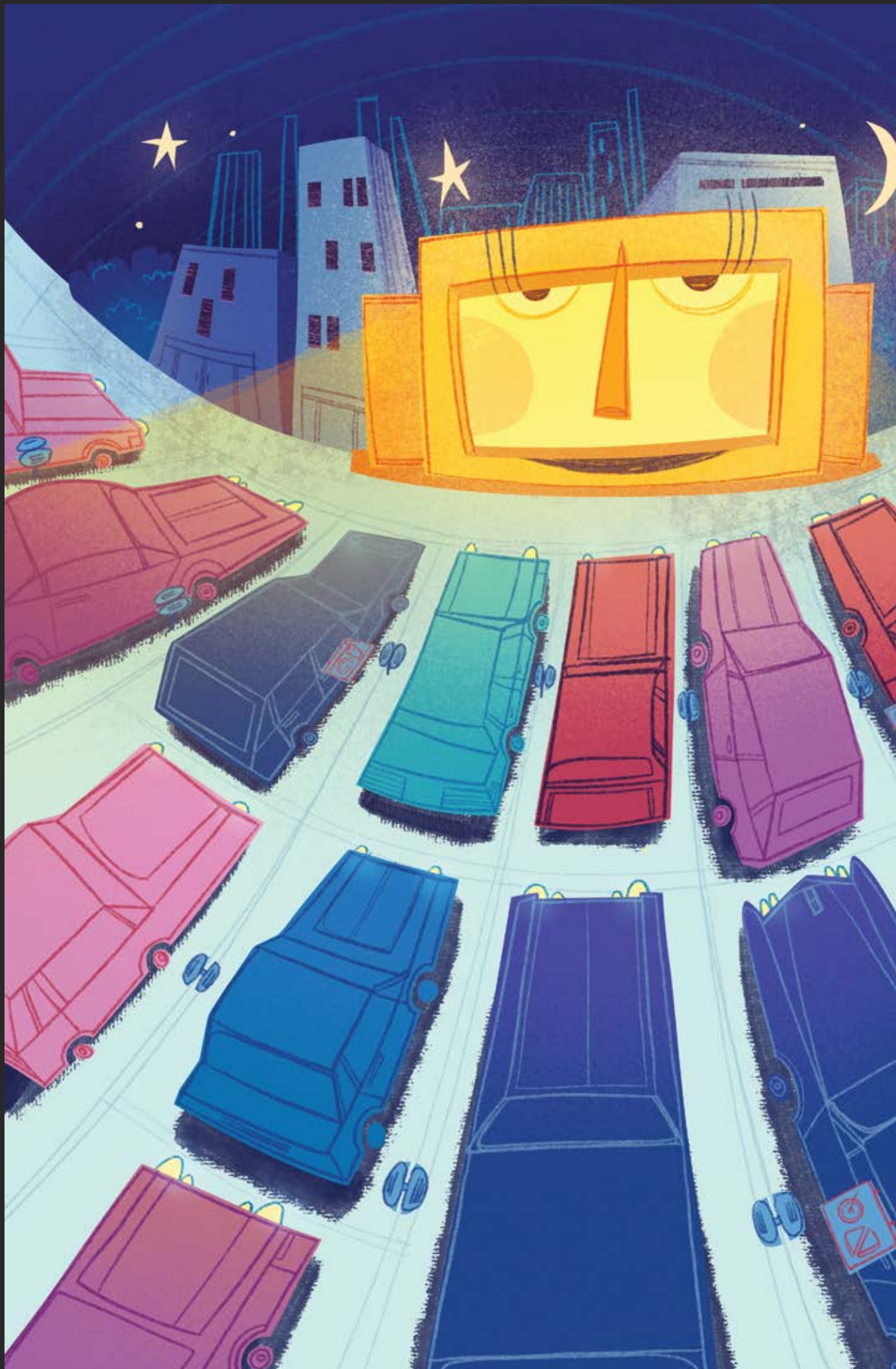
Armando y Eva resintieron la llegada del VHS. Al principio, mostraron su reticencia, pero la batalla contra la tecnología era una causa perdida. El mismo fenómeno ocurrió a finales de siglo con la aparición del formato DVD. Luego llegó la competencia. Cuando la cadena Video Color Yamin instaló una tienda en la avenida Teresa de la Parra hubo deserciones entre la clientela. El emporio Blockbuster, con su sede gigante de Bello Monte, también fue un vigoroso adversario.

«Pero lo que mató al videoclub fue la piratería», afirma Armando Dias, residente en un pueblo a las afueras de Madrid. «Era imposible para nosotros

competir contra las copias que comenzaron a venderse en cualquier esquina de la ciudad, en la universidad y en la autopista, sin ningún tipo de control. Intentamos salvarlo convirtiéndolo en un cibercafé, pero fue una experiencia difícil».

Armando y Eva, luego de múltiples brazadas, cerraron el club de video en 2010. Alquilieron el espacio a su vecino, Antonio Materano, dueño del frigorífico Loule. Durante veinticinco años la vieja mercería fue uno de los lugares de peregrinación más populares y queridos de las escarpadas colinas de Santa Mónica, plaza de encuentro para cinéfilos, estudiantes ociosos, amas de casa y tertulianos de ocasión.







# AUTOCINE LOS CHAGUARAMOS

POR Patricia Marcano / ILUSTRACIÓN María Carolina Izquierdo

Del autocine Los Chaguaramos solo queda su nombre inmortalizado en algunas páginas de libros, tesis o periódicos de la época que sobreviven al polvo. Aún es posible ver en Google una referencia sobre la avenida La Colina de la urbanización Los Chaguaramos, así como fotos satelitales en Google Earth de aquel espacio distribuido en forma de gradas, con amplias terrazas ascendentes para que cada vehículo tuviera plena visión de la gran pantalla.

Caracas llegó a tener más de 10 autocines en urbanizaciones como La California Norte, El Cafetal, Los Dos Caminos, en la avenida Andrés Bello y en Prados del Este. Pero el de Los Chaguaramos fue pionero. Su inauguración ocurrió en julio de 1949, convirtiéndose en el primer autocine de América Latina. Un anuncio publicado en el libro *Los cines de Caracas en el tiempo de los cines* (1994) da una idea de su importancia: «Cine bajo las estrellas», «¡Por primera vez en Sur-América (sic)!», «La más moderna novedad para Venezuela», con capacidad para 250 carros, una rampa con mesas y sillas para 600 personas y una fuente de soda «de gran lujo».

Pedro Valverde recuerda sus años como estudiante de la UCV a principios de la década de los años setenta, viviendo en Las Acacias y visitando el autocine con sus amigos. «Nos íbamos caminando, cómodos en cambote, y nos sentábamos en el restaurante, que daba a la pantalla», cuenta. Allí

vio *El planeta de los simios* con Charlton Heston, recuerda. «En carro era cheverísimo. Te estacionabas al lado de un tubo, agarrabas un audifono redondo y lo ponías en el vidrio y escuchabas la película. Para que las muchachas de la fuente de soda te atendieran, tenías que prender una luz del carro y te ponían la bandeja en la ventana».

Pero esa novedad de los audifonos también resultaba complicada: «yo recuerdo unos aparatos que se colgaban del vidrio de la puerta del carro, que se escuchaban terrible. Había gente que se olvidaba de quitarlos y, cuando arrancaban con el carro, los destruían», relata Chepy Carnevale, quien también llegó a ir con su familia.

La última proyección fue en 1999. Fueron cinco décadas de cine al aire libre, de noche, con funciones que comenzaban después de las 5:00 o 6:00 de la tarde, con días en los que solo se pagaba una tarifa por el carro y no por persona, sin importar cuántas viajaran adentro. En la actualidad, en ese espacio no hay nada que evoque a aquel lugar de cultura y encuentro de las noches caraqueñas, donde comenzó y terminó la historia de los autocines de Caracas.



# cine ALTAMIRA

POR **Adriana Herrera** / ILUSTRACIÓN **Alexander Wright**



En la década de los años cincuenta, Caracas era «de película». Reviso fotos y anoto fechas para recrear esa imagen en mi cabeza. Cines como el Bolívar, Rex, Junín, Hollywood, Capitolio, Canaima, París, entre otros, se alzaban como edificios elegantes, de fachadas atractivas, para proyectar lo mejor de la cinematografía mundial.

Ese circuito incluía al Cine Altamira. Una ambición que se tradujo en una pantalla enorme frente a 1600 butacas repartidas entre patio y balcón, que abrió sus puertas en 1959, el mismo año que se estrenó *Araya*, un filme de Margot Benacerraf que le valió el Premio de la Crítica en el Festival de Cannes.

Imagino estas escenas caraqueñas con deleite y asombro. Mientras escucho las historias de otros, una parte de mí extraña algo que nunca conocí. Me da nostalgia saber que fue el cine de la adolescencia de una de mis mejores amigas, a quien la dejaban ir caminando desde La Floresta para asistir a las funciones matiné. Ahí se sentía minúscula ante semejante espacio, donde el sonido lo era todo.

Algunos recuerdan el estreno de *La Guerra de las Galaxias*, *ET El Extraterrestre* o *Jurassic Park*. Pero nada como la primera función de la película *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, de Pedro Almodóvar, que despertó tanto revuelo que el orden en la entrada se descontroló y la gente comenzó a pasar sin tickets a la sala.

La última película que se proyectó fue *Titanic*, en 1997. Aún un año después, quienes pasaban por ahí cuentan que se podían ver los afiches decolorados en el vestíbulo. La edificación se mantuvo hasta 2008, cuando la demolieron para construir oficinas; pero el recuerdo del Cine Altamira quedó en la avenida José Félix Sosa de Altamira, dibujando a una Caracas en la que todo parecía posible.





↘ AÑO DE CIERRE: 2009 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización Las Acacias, avenida Las Acacias  
cruce con Gran Avenida y avenida Francisco Solano López, Municipio Libertador, Caracas /  
GEOLOCALIZACIÓN: [10.496250, -66.881194](https://www.google.com/maps/place/10.496250,-66.881194)





# CINE La Previsora

POR Erick Lezama / ILUSTRACIÓN Pablo Iranzo

En el Cine La Previsora estaba prohibido comer. No había confitería. No vendían cotufas ni refrescos. Y si sentías hambre a media película y sacabas alguna provisión, aparecía en medio de la oscuridad una mujer de pelo corto que, fulminante con la luz de una linterna, entre susurros, te regañaba: «¡Guarde eso, aquí no está permitido ingerir alimentos! ¡El ruido de la bolsita molesta a los demás: sea respetuoso!».

No solo de pan vive el hombre, dice la Biblia, y ese parecía ser un mandamiento en aquel templo del arte, ubicado en La Previsora, una de las torres caraqueñas más icónicas, sede durante décadas de la compañía de seguros que llevaba ese mismo nombre. Pablo Iranzo más de una vez intentó comer caramelos y se llevó su regaño. Él iba mucho a ese cine durante sus años de estudiante universitario. Sobre todo, los lunes, cuando las entradas salían a mitad de precio. Uno de esos días se le ocurrió presentar su carnet estudiantil con la aspiración de tener un descuento adicional, pero entonces la chica que vendía los boletos se rio en su cara diciéndole: «¿Pero bueno, y a cuánto quieres tú que te vendamos la entrada?». Él también sonrió, pagó el boleto, como tantas otras veces, y entró a ver su película.

La historia de esta sala comenzó en 1973, con la proyección del film búlgaro *Cuerno de cabra*. Al principio, la cartelera estuvo gestionada por Cines Unidos. Hasta que, en 1986, los dueños de la aseguradora crearon una fundación para

«fomentar, impulsar, promover, organizar y desarrollar actividades culturales, científicas, docentes y sociales». El punto de partida de lo que sería una intensa actividad cultural.

La Previsora se convirtió en escenario de conciertos y de conferencias. A partir de 1993, los encargados firmaron un convenio con la Cinemateca Nacional, que no solo mantuvo una programación curada, sino que además organizaba festivales, como el de Cine Español. Todo ello le valió importantes reconocimientos: en 1998, la sala fue declarada Patrimonio Sociocultural de Caracas; mientras que en 2001, obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en la categoría de Difusión Cinematográfica.

Todo terminó en 2009, cuando de pronto expropiaron la compañía de seguros. La sala de cine pasó a ser administrada por la gobernación del Distrito Capital y en 2014 dejó de funcionar. En ese momento se dijo que sería modernizada, digitalizada y que volvería a abrir sus puertas. Siete años han pasado y eso no ha ocurrido: la entrada de la sala ahora está cubierta con bolsas negras. Y, a través de una puerta de vidrio, pueden verse rollos de película abandonados.

# DON DISCO

POR Salvatore Maldera / ILUSTRACIÓN Patricia Urrutia

Como parte de la adicción a los discos, haces recopilaciones con una recurrencia sospechosa, no solo de las piezas esenciales dentro de tu colección, sino también de los recuerdos prendados de ellas. En el fondo, deslizas los dedos sobre los títulos emulando el impecable criterio de la tienda que te permitió crear la colección perfecta, imperecedera. Era la curaduría, lo místico revelado, los caminos que no sabías que ibas a recorrer y que comenzaban allí.

Don Disco era un mentor en este terreno, una extraordinaria selección y guía por el vasto legado discográfico que siempre te conducía hacia sus entrañas, una fuente de historias en la que la música sería lo importante y tú mismo el vector. Con paciencia esperabas tu turno, observando los géneros, mientras los «dedos araña» de los melómanos enfebrecidos indagaban aquellas estanterías a una velocidad impresionante, buscando codiciadas ediciones importadas. Entrelazas tu memoria con Don Disco para crear tu propio álbum. Rememorar desgasta los recuerdos como la aguja lo hace con el surco, pero, aún así prosigues reimaginando el tiempo. El disco da inicio.

Guardando el dinero de la cantina, día tras día, pudiste comprar tu primer disco, sentiste quizá la misma emoción que tu padre en 1970, siendo muy joven, al salir de las mismas puertas de cristal con *Help!* en sus manos. Lo tuyo comenzó a finales de los años ochenta con *Girls, Girls,*

*Girls*, y seguiste con *Use your Illusion*, el rock and roll era una llama viva. De ahí al poco tiempo ya te sabías *Sueño Estéreo* de memoria y por sabia recomendación del encargado, llegaste a la joya de *Pulse*. Nunca pensaste tenerlo original y en formato físico: una gran caja blanca sacada de una fantasía.

Los caminos de la exploración se introducen como ríos en un continente. Poco después de tu obsesión con *Xanadu*, *Out of the Blue*, *Eldorado* o *Aqualung*, surgió la corazonada por el jazz y la salsa. Varios momentos de tu vida siguen hilados a *Chekere-son*, *Siembra*, *Trio 64* y *Kind of Blue*. La aguja del tiempo salta. 2009, en un giro inesperado, Don Disco te cautivó con el virtuosismo de lo propio de *Cruzao*. ¿Quién iba a pensar que en los dados seguiría *Lully*, *Prokófiev* o *Saint-Saëns*? Esos pasillos podían contenerlo todo.

¡Cuántas historias podías llevarte en una pequeña bolsa amarilla!

Recopilas por necesidad de permanecer. Los recuerdos parecen frágiles sin un asidero. Pero, ¿qué otra cosa podía contener Don Disco sino estas historias? La música en sí misma es inaprensible, pues responde a su propio lenguaje. Eran los entresijos de las secciones de Don Disco lo que te hacían volver y volver a ella.



# **DON DISCO**

- TLFS. 952.20.16 - 952.35.16



➤ AÑO DE CIERRE: 2016 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización El Bosque, avenida Francisco de Miranda, plaza Brón, edificio Royal Palace, planta baja, Municipio Chacao, Caracas / GEOLOCALIZACIÓN: 10.491427673792968, -66.86846629310817



# ESPERANTO

POR Carlos «Caque» Armas / ILUSTRACIÓN Victoria Fernández

Iván Loscher visitaba con tanta frecuencia *Esperanto* que muchos creían que era el dueño de la discoteca; pero no. Al reconocido locutor lo habían buscado para promocionar la tienda en la radio. Él rechazó la oferta alegando que ya no escuchaba música. Pero bastó que comenzara a frecuentar *Esperanto*, para que encontrara rarezas o descubriera nuevos artistas. A fin de mes, en lugar de pasar una factura de honorarios, preguntaba cuánto debía por toda la música que se había llevado. Su promoción era gratuita y por puro gusto.

Este enamoramiento no era exclusivo de Loscher. Otros locutores y también periodistas frecuentaban el lugar para dar cuenta de lo más vendido. Luego, los músicos locales empezaron a aparecerse en la tienda pidiendo ayuda y, en respuesta, *Esperanto* comenzó a guiarlos, pagando la impresión de los discos, promocionándolos y ofertándolos.

Desde el principio, tuvieron músicos de profesión como empleados (Julio y el Caire de *Los Amigos Invisibles*, por ejemplo); contaban con estaciones de escucha para oír el disco que quisieras y trabajaban de lunes a lunes hasta las 9 de la noche en un horario novedoso para la capital. Ello

convirtió a *Esperanto* en la meca musical, en una época en la que el formato físico era aún la única forma de escuchar música y no existían plataformas de descarga o de *streaming*.

Lo curioso era que Carlos Souki, su verdadero dueño, no sabía nada de música cuando comenzó a vender discos en *Izitso*, su primera tienda en Plaza Las Américas. Dispuesto a escuchar a su clientela, anotaba lo que esta pidiera para buscar los títulos con mayoristas que casi nunca tenían lo solicitado bajo el pretexto de que «*eso no se vende*». Así que Carlos hizo lo que le pareció obvio: importar discos.

Los melómanos aplaudieron su osadía, porque ya no era necesario traerse una maleta llena de música cuando se viajaba al extranjero. Ese primer local prosperó. Cambiaron de nombre y se mudaron al C.C. Vizcaya en 1997. Allí comenzaron a escribir su historia de éxito. Hasta que en febrero de 2002 una devaluación de 100 % y un control de cambio probó ser más letal que la piratería.





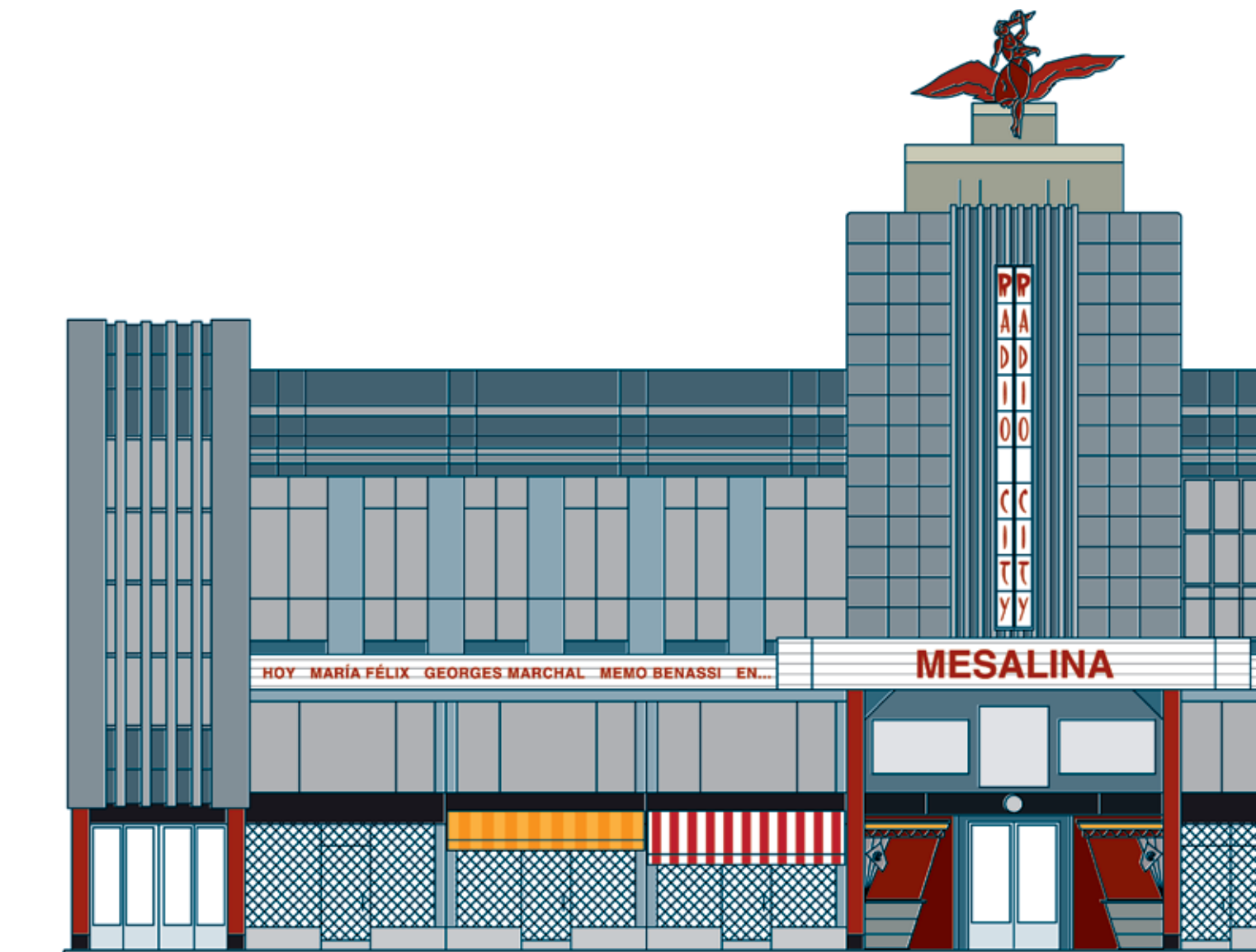
➤ AÑO DE CIERRE: 2002 / DIRECCIÓN FÍSICA: Tres tiendas ubicadas en los centros comerciales:

San Ignacio, Municipio Chacao; Paseo Las Mercedes, Municipio Baruta y El Recreo, Municipio Libertador, Caracas /

GEOLOCALIZACIÓN: San Ignacio: [10.497980656718447](tel:0497980656718447), -66.85649596660501 / Paseo Las Mercedes: [10.4778066666666666](tel:0477806666666666), -66.858222 / El Recreo: [10.49161166879889](tel:049161166879889)

# RADIO CITY

POR **Nolan Rada Galindo** / ILUSTRACIÓN **Manuel Lara**





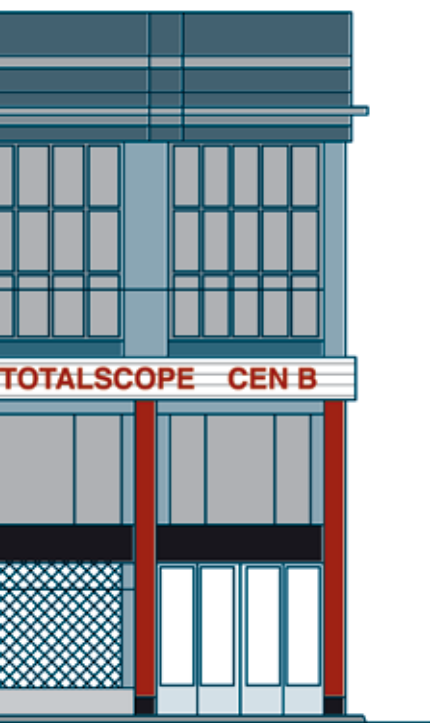
Cada vez que paseo por la avenida Corrientes de Buenos Aires, me detengo a observar los letreros de los teatros. El del Gran Rex está dispuesto de forma vertical y sus letras parecen estar a punto de caer sobre la calle o en la cabeza de algún peatón. Lo mismo debieron pensar quienes pasaban ante la fachada del Radio City de Caracas a principios de la década del cincuenta, cuando se inauguró.

No conocí ese templo del cine caraqueño. Soy de esa generación que supo su historia por referencias. Pero me hubiese gustado fijar mi mirada en el letrero vertical del Radio City y en el ave jineteada por una mujer en la parte superior, mientras la gente entraba y salía de la sala de cine, ataviados con sombreros, sacos y vestidos.

Tener la oportunidad de comprar una entrada en la boletería, ubicada en el lado derecho del salón principal; ganar o perder en alguna partida de billar en las mesas que había en la parte superior del lugar; sentarme en una de sus butacas de terciopelo rojo y ver cómo el telón se abría al ritmo de los redoblantes, durante la presentación de 20<sup>th</sup> Century Studios antes de cada película. Desearía haber descubierto una Caracas sobre la que solo supe por relatos ajenos.

Este cine/teatro, diseñado por el arquitecto Natalio Yunis e inspirado en el Radio City Music Hall del Rockefeller Center de Nueva York, dio a la ciudad un modernismo escaso en Latinoamérica para la época. En su fachada e interior se combinaban materiales rígidos con el diseño de formas libres.

Un espacio donde lo posible e imposible sucedía en su pantalla, coronada por un arco en el que dos sirenas sostenían una «R» y una «C», y extendían sus colas hacia los extremos: brillo y fantasía para oponerse al horror de la Segunda Guerra, aún fresca en la memoria colectiva. El lugar estaba a la altura de los teatros y cines que en la actualidad se pueden visitar en Buenos Aires. Descubrir que en esa Sabana Grande que conocí estuvo Radio City fue reconciliarme con la Caracas vanguardista que no disfruté.



# EL NACIONAL (ANTIGUA SEDE)

POR Sinar Alvarado / ILUSTRACIÓN Eddymir Briceño

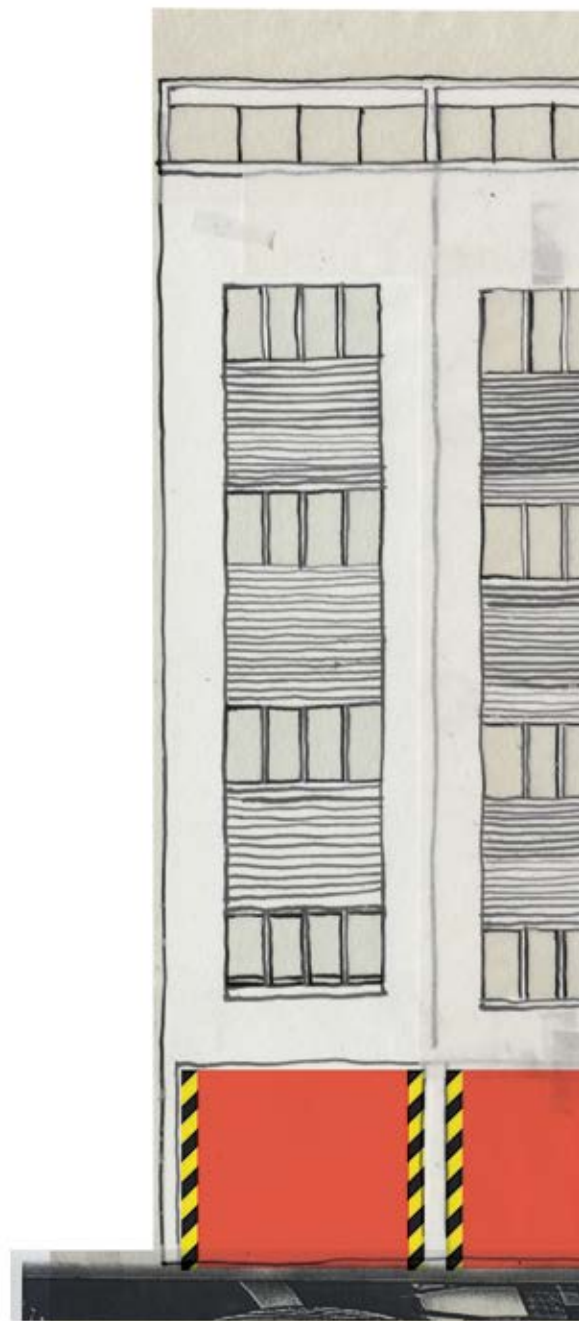
El viejo edificio de *El Nacional* —ubicado en pleno centro de Caracas— fue para mí y muchos otros el objetivo de una peregrinación impía. Durante años, desde Maracaibo, me formé leyendo su periodismo bien hecho, firmado por los escritores más lúcidos del país y la región. La distancia geográfica inflaba mis anhelos de aspirante provinciano, pero solo en 2002 pude conocer la sede de esa empresa editorial mítica.

Cuando por fin llegué al edificio, inaugurado en mayo de 1951, pasé un buen rato con la vista fija en las grandes letras azules de su logotipo. Abstraído, ignoré el circo que discurría alrededor: pequeños bares como tugurios, delincuentes en reposo, prostitutas mal perfumadas, una larga fila de hombres frente al Cine Urdaneta y su cartelera porno, funcionarios de corbata, periodistas con prisa y obreros en bragas manchadas de tinta que imprimían el diario cada noche.

*El Nacional* esquivaba el *glamour* porque prefería su atractivo decadente. A esa sede acudieron Tomás Eloy Martínez, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa; Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Pablo Neruda, Julio Cortázar y muchos otros. Todos visitaban a Miguel Otero Silva, escritor, periodista, fundador y propietario.

El edificio, ubicado muy cerca del poder entre las esquinas de Puente Nuevo a Puerto Escondido, fue el epicentro noticioso donde se debatía sobre política y literatura en cada jornada. El sótano guardaba la enorme rotativa; en el primer piso, la recepción; en el segundo, el área de fotografía y el archivo; en el tercero, la redacción; en el cuarto, las revistas y los proyectos especiales; y en el quinto, la presidencia y un pequeño cafetín.

Durante medio siglo, *El Nacional* convivió en ese callejón con una fauna de apariencia hostil. Solo la violencia política lo desplazó. En 2007 se fue a Los Cortijos: una sede moderna y luminosa que dejó atrás el centro insalubre, pero también su encanto arrabalero y miles de historias que integraron la biografía coral del mejor periodismo venezolano.





➤ AÑO DE CIERRE: 2007 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización El Silencio,  
avenida Oeste 12, Municipio Libertador, Caracas /  
GEOLOCALIZACIÓN: [10.500361, -66.920585](https://www.google.com/maps/place/10.500361,-66.920585)



# HOTEL Caracas HILTON

POR Gabriela Rojas / ILUSTRACIÓN Michael Zerpa

El otrora Hotel Caracas Hilton ha vivido muchas vidas. Tuvo una juventud plena de *socialité*, llena de lujos, brillos y estrellas. Tanto las que coronaban su entrada y le daban el máximo estatus en la hotelería, como las que llegaban a sus habitaciones, salones y espacios exclusivos a formar parte de lo que una vez se consideró «la crema y nata» capitalina.

Su identidad siempre fue nocturna. Esa enorme estructura de 120 metros y 36 pisos ubicada en pleno corazón cultural de la ciudad contaba con el privilegio de lo panorámico, un lugar para ver y dejarse ver.

Su historia está impregnada de música por el Teatro Teresa Carreño, su célebre vecino con el que está unido casi umbilicalmente por una pasarela que los hace parte de un mismo paseo. Pero también porque en sus 38 salones, bares y área de piscina se hicieron veladas irrepetibles.

Uno de sus epicentros fue el Gran Salón: el lugar de bienvenida de quienes marcaban el mambo en la década de los años sesenta, Celia Cruz y Tito Puente. El cantante Stevie Wonder inauguró 1970 con un lleno de tres fechas consecutivas el 8, 9 y 10 de enero. Y The Supremes lo cerraron con cuatro presentaciones el 9, 10, 11 y 12 de diciembre.

Entre 1970 y 1980, Raphael figuró como una de las estrellas más rutilantes que se presentaba con frecuencia en el Gran Salón. Así mismo, Rocío Dúrcal, Juan Gabriel, Julio Iglesias y Paloma San Basilio tuvieron llenos totales de convocatoria en esta sala.

El pianista Richard Clayderman abarrotó dos veces el Gran Salón, en mayo de 1982, con una orquesta de 18 músicos para celebrar el Día de las Madres.

A finales de los años ochenta, la sensación de los ídolos juveniles generaba congestión en los alrededores del hotel solo por el anuncio de dos presentaciones: Luis Miguel en mayo de 1989 y Emmanuel en noviembre. Y la década del 2000 arrancaba con un concierto que imperceptiblemente marcaba el fin de una era: Air Supply llenaba a todo dar su única fecha, en noviembre de 2001.

Una segunda vida lo mantuvo en el radar luego de que pasó por una transición, que en 2010 lo convirtió en el Hotel Alba Caracas, emblema de la cadena Venetur, administrada por el Ministerio de Turismo. Su ubicación privilegiada hacía que la variopinta escena *underground* caraqueña subiera hasta el piso 15 a disfrutar del *sui generis* bar La Cota 880. Muchos bares, mucha fiesta, muchos amaneceres persistieron hasta 2013,





cuando se precipitó el declive que venía, propio de quien exige una vida de alto mantenimiento, pero no destina presupuesto para ello.

De a poco, el Alba Caracas se fue vaciando y toda estrella perdió su brillo.

# La Francia

POR Aymara Lorenzo / ILUSTRACIÓN Michael Zerpa

Carmen «La Bella», como la llaman, deambula ante la mirada del Bolívar ecuestre del centro de Caracas, buscando clientes. Es tarjetera. Tiene 40 años trabajando en la misma zona y recuerda, con la añoranza de quien habla de un pasado boyante, cómo fueron los días de 1983 cuando el edificio La Francia era el centro joyero de Caracas. En ese entonces, ganaba 10 % de comisión por cada cliente que llevaba, en su mayoría turistas provenientes de los cruceros que atracaban en el puerto de La Guaira.

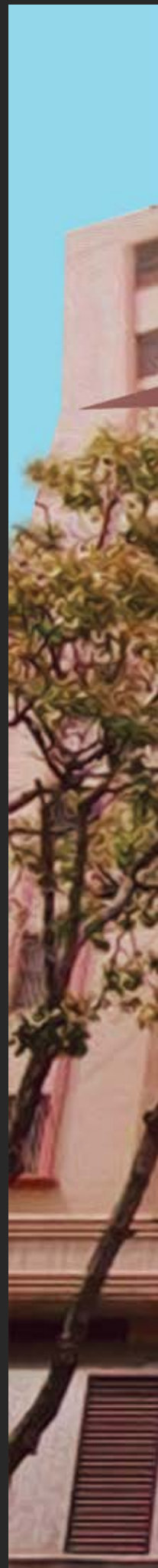
Esa realidad quedó atrapada para el recuerdo entre las paredes de esta obra estilo *art déco*, uno de los edificios más altos de Caracas en 1946, cuando terminó su construcción. Su nombre no fue asunto del azar. A principios del siglo XX funcionaba en ese terreno la botillería y confitería La Francia, lugar de encuentro obligado para la *socialité* caraqueña de principios de siglo. Hasta el presidente Cipriano Castro (1899-1908) fue *habitué* del lugar.

Cuentan que, en 1982, ocurrió ahí una de las estafas más sonadas del país. Un supuesto jeque, llamado Alá Al Fadili Al-Tamini, visitó la ciudad para hacer negocios. El centro joyero no quedó fuera de su radar. Apuntó al local que tenía la exclusividad de venta de la marca Rolex.

Apartó varios relojes y al día siguiente pagó con un cheque de gerencia. No hubo dudas sobre su autenticidad. Tras una fastuosa fiesta en el Hotel Tamanaco, la madrugada del 26 de agosto desapareció. El caso quedó sin resolver.

También fue memorable el robo cometido por un enano que ingresó a La Francia dentro de una caja de un televisor de 27 pulgadas. Su cómplice entró en una joyería del piso 6 y, tras pagar varias cadenas, le pidió al dueño que le guardara el paquete porque iba a almorzar. Ya sabían que al mediodía cerraban y no les ponían combinación a las cajas fuertes. En ese momento, el enano salió de la caja, robó y luego el hombre con su caja del televisor salió sin levantar sospechas.

El edificio sigue en pie, aunque con otro uso. Hoy no queda ni rastro de su época dorada, pero quien pase por la esquina Las Monjas seguro verá a Carmen «La Bella» pregonando: «oro, oro, oro, compro oro», para ver si algo pesca.



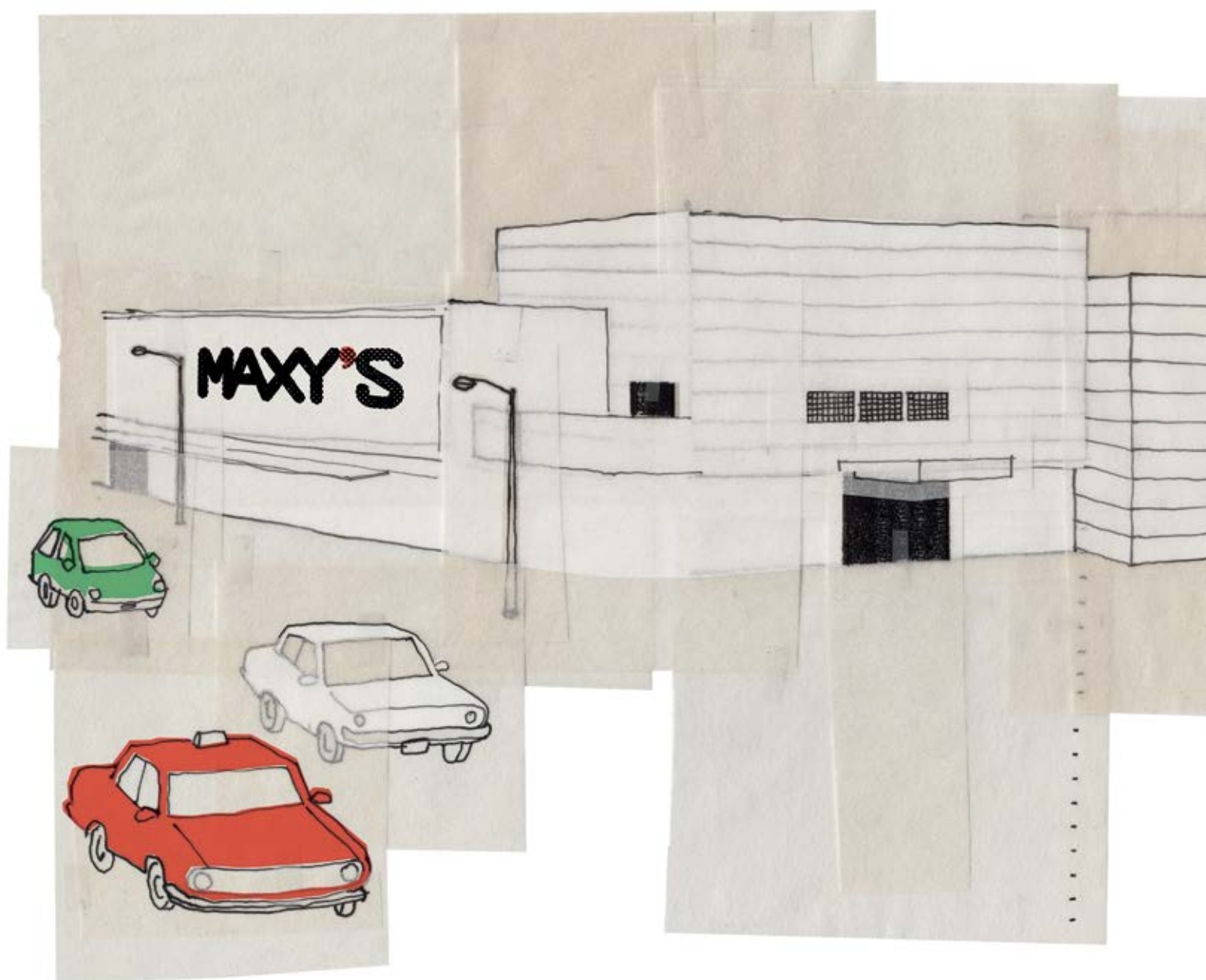




➤ AÑO DE CIERRE: 2010 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización La Hoyada, esquina Las Monjas, al lado de la Plaza Bolívar, Municipio Libertador, Caracas / GEOLOCALIZACIÓN: [10.595844614440303, -66.91528109024935](https://www.google.com/maps/place/10.595844614440303,-66.91528109024935)

# MAXY'S

POR Florantonia Singer / ILUSTRACIÓN Eddymir Briceño



En un recuerdo estamos el San Nicolás de Maxy's y yo, a esa edad en la que las escaleras mecánicas de una enorme tienda por departamentos son un invento novedoso, un desafío y un juego. Los sábados de diligencias para los que mi mamá no nos dejaba dormir más allá de las 9 incluyeron por muchos años la tienda Maxy's de Bello Monte, a unos veinte minutos de casa en el Fairmont crema en el que mis hermanos aprendieron a conducir.

En ese lugar, mucho antes de los algoritmos del internet, la carta al Niño Jesús se iba perfilando en función de los antojos y reacciones de los niños en el departamento de juguetes, que entre septiembre y noviembre derrochaba comerciales en la televisión abierta para promocionarse. Para mí, esos años también me recuerdan al Jean Naté al que olía el cuello de mamá y que muchas veces compramos ahí, ese olor de los años ochenta a los que pertenezco.

Ya de adulta supe del linaje que tenía este lugar, que para muchos nostálgicos puede ser símbolo de tiempos mejores, pero que más allá de las valoraciones cuenta un momento de la historia de Venezuela. En 1950 se había instalado la primera tienda Sears Roebuck de Venezuela en esta manzana enorme de Colinas de Bello Monte, justo frente al Puente Los Gemelos, que en un imaginario que podía ser más fértil para la sátira política quedaron bautizados como Las Nalgas de Rómulo, en referencia a Rómulo Betancourt, el primer presidente de la democracia.

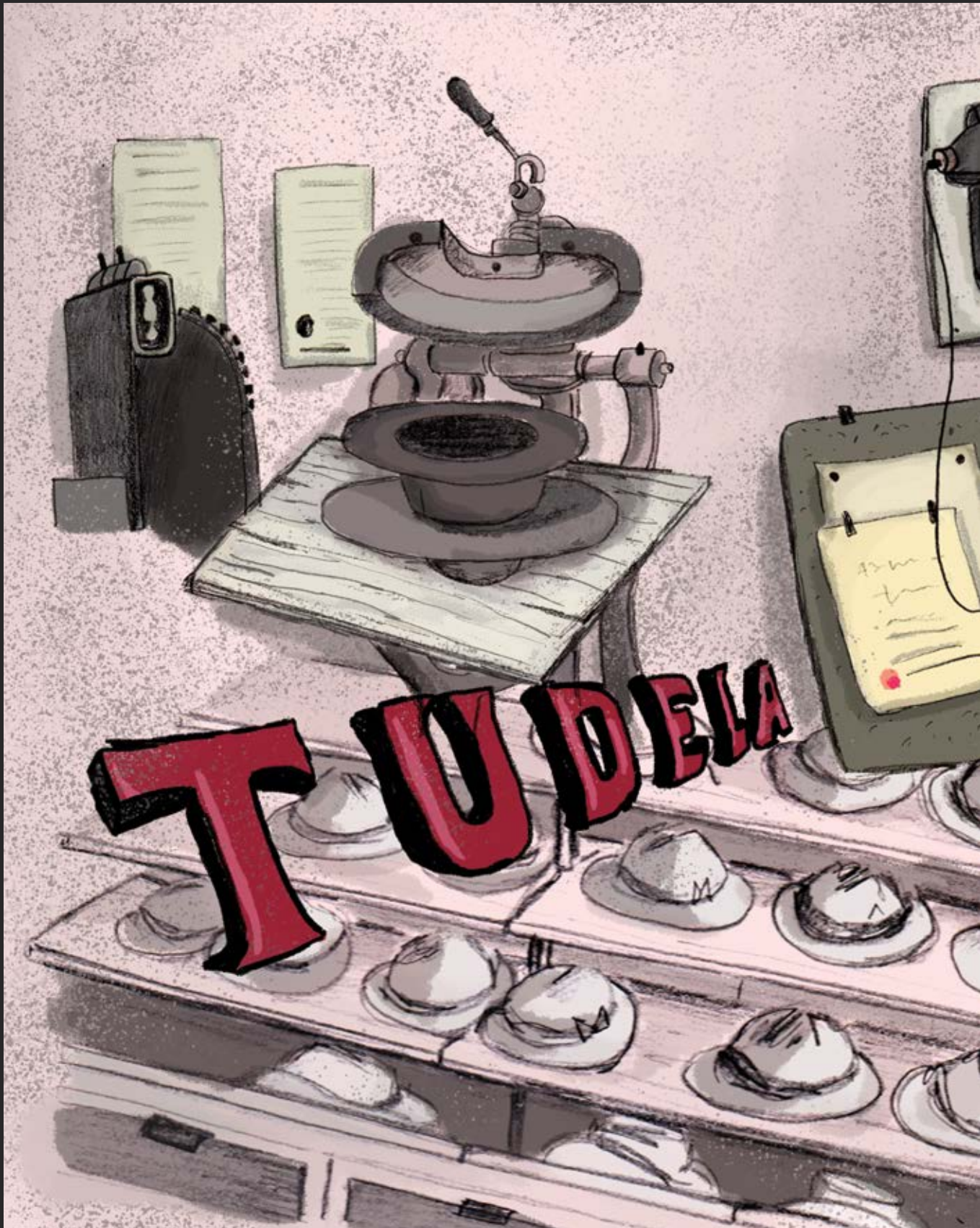
Ese año fue de expansión. La cadena abrió cuatro tiendas más en Venezuela y la de Caracas despuntaba en una pujante capital aferrada a ese futuro siempre pasado. Entrada la década de los años ochenta, cuando la economía venezolana empezó a ser un pesado fardo, la cadena cambió de manos. Bajo el Grupo Cisneros comenzó a llamarse Maxy's. Era la época en que la actriz Rudy Rodríguez, de blazer y pantalón rojos, la vendía como «la gran tienda de la mujer».

Pero la vida de tienda por departamentos terminó en esa bisagra histórica que dio inicio a los años 2000 y a otro país. El espacio se transformó en 15 meses en la sede de Ciudad Banesco, bajo el lema de la «sede bancaria más grande de América Latina». En 2004 abrió las puertas este nuevo coloso de *curtain wall* verde, un edificio que, al igual que Sears y Maxy's, siguió siendo punto de referencia en la ciudad y también en la arquitectura, con una mención en la Bienal de Quito de 2006 incluida. En una de las entradas de la sede del banco está contada la historia pasada de este edificio que ahora alberga otros tesoros como *Trilogía* del maestro Oswaldo Vigas, un mural de 40 metros largo, que mira a Caracas desde una generosa plaza-terrazza.





➤ AÑO DE CIERRE: 2018 / DIRECCIÓN FÍSICA: Urbanización La Hoyada, esquinas San Jacinto a Traposos, N° 21, diagonal a la casa natal del Libertador, Municipio Libertador, Caracas / GEOLOCALIZACIÓN: [10.504517335892624, -66.9131967609236](https://www.google.com/maps/place/Urbanizaci3n+La+Hoyada,+Caracas,+Venezuela/@28.0451733,-89.62624,-66.9131967,609236)



# SOMBRERERÍA TUDELA

POR Adriana Herrera / ILUSTRACIÓN Ana Brett

Quien camine a paso veloz por las calles adoquinadas del centro de Caracas podría perderse de algunas historias si no sabe en cuáles detalles detenerse. Hasta abril de 2018, los que iban entre las esquinas de San Jacinto a Traposos pudieron haber visto un local de luces tenues —diagonal a la casa natal de Simón Bolívar— sin advertir que ese era el más antiguo de la capital.

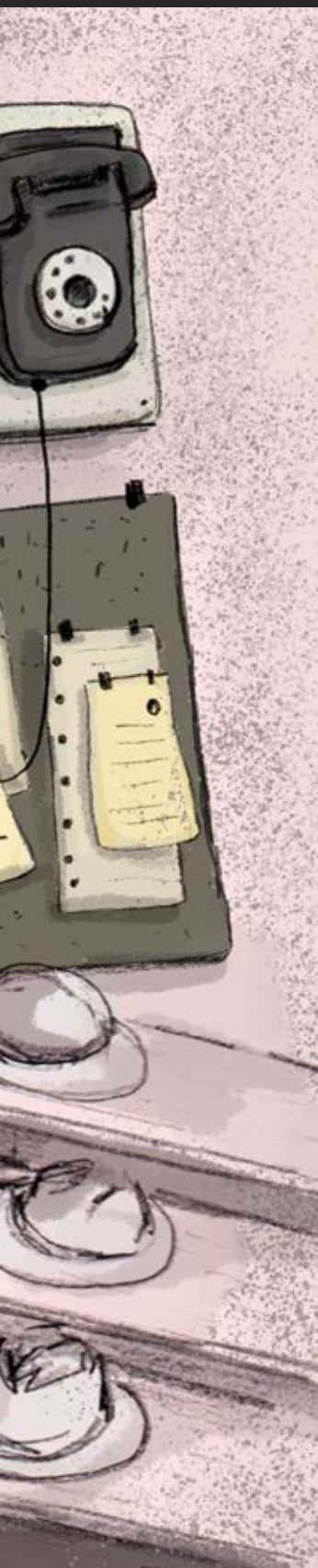
La primera vez que entré a la Sombrerería Tudela —que abrió sus puertas en 1931— estreché la mano de Juan Humberto Torres, único empleado que tuvo la tienda hasta el día que cerró y quien acudía con puntualidad desde 1961. De su tono sin prisas saltaban cuentos añejos y, sobre todo, el amor por un oficio por el que ya nadie se interesaba: fabricar sombreros.

No en vano lo comenzaron a llamar «el último sombrerero de Caracas». Nadie como él para contar la historia de Tudela y recitar de memoria cómo es que los expresidentes Rafael Caldera, Luis Herrera Campins o Rómulo Betancourt lucieron sombreros hechos allí, con buen gusto y esmero. Para mí, entrar a la sombrerería y contarles a otros esas anécdotas era un intento de

mantener el recuerdo vivo. La constancia de que existía un lugar con más de 80 años del que pocos parecían enterarse.

A este espacio nunca se le hizo una remodelación, no se le cambió el inventario. Entre esos muebles de caoba cubiertos de polvo y tiempo, se seguían exhibiendo sombreros de otras épocas. Y es que Tudela fue referencia para la alta sociedad caraqueña, incluyendo presidentes, actores e intelectuales, en esos días cuando los hombres no salían sin chaqueta ni sombrero.

Al entrar, se veían las plantillas de metal, grandes e inmóviles. En la parte de atrás, donde en algún momento funcionó un taller en el que llegaron a trabajar más de diez personas, estaban unos cuantos sombreros que sus dueños nunca buscaron y también los moldes para hacerlos, incluso uno de 1920 que funcionaba a gas. Todo eso lo enseñaba Juan Humberto a quien pasaba con curiosidad y sin prisa a ver de qué se trataba ese inusitado lugar.







# ÍNDICE DE AUTORES

## A

Sinar Alvarado 82  
Guillermo Amador 28  
Carlos «Caque» Armas 48, 65, 78  
José Luis Ávila 24, 50

## B

Ricardo Barbar 22, 32  
Rodrigo Blanco Calderón 13  
Luis Bonilla 14, 60  
Ana Brett 43, 91  
Eddymir Briceño 53, 82, 88

## C

Carlos Carreño 17, 34, 50, 59

## D

Ricardo Del Bufalo 59  
Roxana De Leo 38  
Hector Do Nascimento 24, 46

## F

Victoria Fernández 31, 36, 78

## G

Ivonné Gargano 27, 32  
Gerardo Guarache Ocué 20, 56  
Jonathan Gutiérrez 53

## H

Betty Hernández 43  
Yonel Hernández 13, 56, 62, 68  
Adriana Herrera 17, 72, 91

## I

Benjamín Infante 40, 65  
Pablo Iranzo 48, 75  
María Carolina Izquierdo 54, 71

## K

Andrés Kerese 27, 60

## L

Manuel Lara 20, 38, 44, 80  
Gabriela La Rosa 44  
Erick Lezama 46, 54, 62, 75  
Aymara Lorenzo 86

## M

Salvatore Maldera 76  
Patricia Marcano 71  
María Gabriela Méndez 36

## R

Nolan Rada Galindo 80  
Michelle Roche Rodríguez 40  
Gabriela Rojas 18, 84  
Adriana Romero 66

## S

Luisa Salomón 34  
Eduardo Sánchez Rugeles 68  
María Paola Sánchez 31  
Florantonia Singer 88

## U

Patricia Urrutia 18, 22, 28, 76

## W

Alexander Wright 72

## Z

Iván Zambrano 14  
Michael Zerpa 66, 84, 86



## Madrinas y padrinos

Muchas gracias por hacer posible la impresión de este valioso registro de Caracas.

Marian Morales Tovar  
Igor Bottini  
Daniella Mayorca  
Dougmary Esquijarosa  
Mercedes Carrillo Zamora  
Daniela Sykora  
Guillermo Amador  
Irelys Martínez  
Iván González  
Eva Marie Uzcátegui  
Consuelo Roa Daza  
Aleisa Mondolfi  
Oriana Mejías  
Stephanie Carreira  
Javier Del Pozo  
Carlos Muñoz  
Leonardo Aranguibel  
Aymara Lorenzo  
Edgar Morales  
Leonardo Padrón  
Bianca González  
Eduardo Sanabria  
Cynthia Irady Fernández  
Ana Carrano Sauma  
Carlos Carbonell  
Daniel Ramírez  
Kharen Verenzuela  
Carlos Armas Galindo  
M. Cadenas  
Aura González  
Daniel Monserat  
Nayby Meneses  
Luis Morales Tovar  
Patrick Torres  
Fernando Carrizo

Mariela Irady Padrón  
Grecia Izaguirre Yepes  
Joel Barradas Hernández  
Carlos Mendoza  
Mariel Lozada  
Ross Torres  
Carlos Torres  
Esmeralda Llindis Carrillo  
Manuel Chincoli  
Miguel A. Silva  
Agustín Ascanio López  
Stephanie M. Goss  
Marcelle Sader Verde  
Alejandro Illan  
Frank Ayestarán  
Álvaro Hidalgo Martín  
Aaron Acero  
Angly Gamboa  
Lázaro Rodríguez  
Natalie Gamero  
Luis García  
Aníbal Mujica  
Ana Silva  
Adriana Zambrano  
Michelle Fischer  
César Muñoz  
María Velandia  
María Soubllette  
Marly Meza  
Juan Lupi  
María Isabel Quiroz  
Lesly Simon  
Zuleyma Rodríguez  
Silvia Webel  
Luisana Pérez Fernández

Daniel Rinaldi Martínez  
Mariana Pezzulo  
Erika Mendoza  
Alicia Mayorca  
Bexais Utrera  
Valeska La Torre  
Luis Pardal  
Alexander Wright  
María José Sánchez Rugeles  
Jennifer Dopazo  
Arturo Campero  
Luis González  
José Elarba  
Elizabeth Key  
Patricia Torres  
Emmerson Hernández  
Maribel Dos Santos  
Jesús Borges  
Carlos Rivera  
Federica Feaugas  
Mafe Burgos  
Francesca Vergani  
Lope Tapia  
Viviana Rossi  
Javier Tovar  
Beatriz Urdaneta  
Edgar Sánchez Guitian  
Alicia Zambrano  
Vanessa Díaz  
Harold Rizo  
Ivonne Arens  
Alonso Pérez  
Vanessa Velazco  
Williams Castillo  
Cricel Marcano

Mariana Cadenas  
Isabella Azócar  
Manuel Ricardo Cadenas  
Manuel Alfredo Cadenas  
Elba Sangronis  
Juan González  
Ivonne Velasco  
Melania Díaz  
Ciro Pepe  
Isabel Díaz  
Claudia Guzmán  
Carolina Galia  
Carlos González  
Valeria De Jesús  
Leonardo Lara  
Christian Abreu  
Isaac De Abreu  
Gustavo Manrique Salas  
Ayerling Torres  
Cristina Álvarez  
Homero Brines  
Natasha Plazolá  
María Margarita Sosa  
Beatriz Cruz  
Germán Pérez  
Gonzalo Parra  
Valentina Mendoza  
Patricia Álvarez  
Manuel Lara  
Alejandra Sevilla  
Aimara Toledo  
Ruth Villalonga  
Isabel Giraldo  
Alejandro Guillén





Este libro se terminó de imprimir el veintitrés de marzo de dos mil veintitrés en los talleres de Gráficas Acea. Caracas, Venezuela.





Librería suma  
Metro de Caracas  
Paseo Amador Bendayán  
Café Rajatabla  
Café Olé  
Café Atlántique  
El Maní es Así  
La Frasca de Toledo  
El Teatro Bar  
La 92.9

Compra tu ejemplar aquí:

[www.caracasciudadperdida.com](http://www.caracasciudadperdida.com)

 [caracas\\_ciudadperdida](https://www.instagram.com/caracas_ciudadperdida)

EL CORDON BLEU  
EL BUDARE DE LA CASTELLANA  
EL CUBANICO  
EL NATURISTA  
RESTAURANTE BAR EL PALMAR  
EVIO'S PIZZA  
LA BELLE ÉPOQUE  
LA SIFRINA  
LEE HAMILTON  
MARISQUERÍA DENA ONA  
PRESIDENTE  
LIBRERÍA ALEJANDRÍA II  
LIBRERÍA DEL AGNEO  
LIBRERÍA LUGAR COMÚN  
LIBRERÍA NOCTUA

FERIA DEL AGNEO  
FESTIVAL INT. DE TEATRO DE CARACAS  
POR EL MEDIO DE LA CALLE  
VIDEOCANAL LOULE  
AUTOCINE LOS CHAGUARAMOS  
CINE ALTAMIRA  
CINE LA PREVISORA  
DON DISCO  
ESPERANTO  
RADIO CITY  
EL NACIONAL (ANTIGUA SEDE)  
HOTEL CARACAS HILTON  
LA FRANCIA  
MAXY'S  
SOMBRERERÍA TUBELA



978-980-18-3197-6

